

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

EL LUGUBRE AULLIDO DE LAS LOBAS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

294 — Locura en la madrugada, *Ralph Barby*.
295 — La succión de las Mujeres-Vampiro, *Curtis Garland*.
296 — La sangre del Diablo, *Clark Carrados*.
297 — La perra encadenada, *Ralph Barby*.
298 — La momia viviente, *Adam Surray*.

CLARK CARRADOS

EL LUGUBRE AULLIDO DE LAS LOBAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 299
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.985 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Cuando iba a entrar en el dormitorio, Clarabelle Stacey creyó oír rumor de voces.

Clarabelle frunció el ceño. A esas horas, se dijo, nadie debería estar en su dormitorio. Todo lo más, su esposo, echándose la siesta, pero no era precisamente la costumbre del señor Stacey. Intrigada, se preguntó quién podría hallarse en la estancia.

Abrió ligeramente la puerta, sin hacer el menor ruido. A través de la rendija, divisó un espectáculo que la dejó sin respiración.

El señor Stacey, completamente desnudo, estaba encima de una mujer, también desnuda. La postura de ambos no ofrecía dudas.

Clarabelle escuchó claramente los jadeos, los suspiros, las frases obscenas con que se estimulaban los amantes para aumentar su propio erotismo, los meneos de los cuerpos, el leve crujir de los muelles de la cama. Sintióse tentada de entrar y gritarles su cólera y su furia de mujer desdeñada, pero un oscuro instinto la hizo detenerse en el acto, apenas concebida la idea.

Haría algo mejor. Se vengaría.

Pero no sería una venganza común y corriente. Sería una venganza…

Cautamente, cerró la puerta con el mismo sigilo empleado para abrirla. Luego se retiró y, a partir de aquel momento, empezó a madurar su plan de desquite.

Aquella misma noche. Clarabelle se contempló al espejo, sin ninguna prenda de ropa. Andaba por los treinta y seis años y todavía poseía una serie de atractivos que la hacían una mujer deseable. Los senos, altos y firmes, la delgada cintura, las caderas y los muslos sólidos y las piernas largas.

Y su esposo, pensó, parecía disfrutar más con aquella criada que tenía aspecto de mosquita muerta y que parecía no haber roto un plato en su vida. La culpa no era suya, se dijo; no era una mujer que rechazaba al marido casi de continuo, alegando supuestas jaquecas o fingidas indisposiciones. Antes al contrario, cada vez que la buscaba, ella lo acogía con el mayor deseo, con el mismo ardor que en su luna de miel, hacía ya quince años. Pero la contemplación de aquella ardiente escena había desencadenado una fiera dormida en su mente.

Durante un par de semanas, Clarabelle simuló una absoluta ignorancia de lo que sucedía en su casa. Pero sabía que su esposo y la doncella, en la mayoría de los días, se reunían en el dormitorio conyugal, tan desvergonzados, sabiendo que ella se dedicaba a escribir en el pequeño estudio situado en el ático de la casa. Clarabelle era autora de cuentos cortos policiacos que publicaba con cierta regularidad y notable éxito y, tras el almuerzo, solía encerrarse cuatro o cinco horas en el estudio, para desarrollar su labor creadora.

El ático tenía varios departamentos y uno de ellos, dedicado a guardar

trastos viejos, caía directamente sobre el dormitorio matrimonial. Clarabelle empezó a trabajar con la mayor astucia, con una absoluta discreción, sin que en sus palabras y en sus gestos se trasluciera ni por un momento que estaba enterada de lo que ocurría.

La ocasión llegó cuando el ama de llaves, Mildred Newton, dijo que necesitaría unos cuantos días de permiso, para visitar a su hermana, algo delicada después del nacimiento de su último vástago. A fin de cuentas, Clarabelle era, no sólo dueña de la propiedad, sino la que sufragaba todos los gastos, con las rentas de su capital y con los ingresos de su literatura. Clarabelle accedió de inmediato y dijo al ama de llaves que podía tomarse todo el tiempo que quisiera.

—Molly cuidará del señor y de mí —dijo, con la más dulce de sus sonrisas—. Váyase tranquila y no se preocupe de más. Ah, hágale en mi nombre un obsequio a su hermana.

El ama de llaves casi salló de alegría al recibir el cheque de doscientos cincuenta dólares que la señora le entregaba tan generosamente. Clarabelle llamó a su esposo y le pidió que llevase a la señora Newton, hasta la estación del ferrocarril, distante casi veinte kilómetros. El señor Stacey no tenía otra cosa que hacer y accedió muy gentilmente.

Dos días más tarde, Clarabelle entregó un cheque a su esposo.

—Querido, ¿puedes ir al Banco? Necesito dinero.

Harry Stacey contempló estupefacto la cifra escrita en el cheque.

—Pero, Clarabelle, ¿para qué necesitas diez mil dólares? —exclamó, enormemente sorprendido.

Ella le puso una mano sobre el hombro y le miró fijamente.

—Tú confías en mí, ¿no es cierto?

—Y te amo más que a nadie en el mundo —declaró él apasionadamente.

—Entonces, tráeme ese dinero. Un día… podré contártelo todo…

—Se trata de un chantaje, Clarabelle.

—Por favor, Harry, no me obligues a ser más explícita. Trae el dinero, te lo ruego.

—Deberías decirme…

Clarabelle dominó el asco que ahora le inspiraba su esposo y le besó suavemente en los labios.

—Confía en mí, querido —pidió ella con una honda mirada, que venció todos los escrúpulos del señor Stacey.

Aquella misma tarde, Clarabelle tenía ya el dinero. Stacey dijo que debería hacer algo para evitar el chantaje. Clarabelle contestó que había esbozado un plan, pero tenía que madurarlo y que no podía llevarlo a cabo todavía, por lo que le había sido preciso sacar el dinero del Banco para entregarlo al chantajista.

Aquella misma noche, Clarabelle salió de su casa y estuvo un par de horas fuera. Cuando regresó, se reunió con su esposo.

—Me ha prometido que no me pedirá más dinero, pero no estoy segura de que cumpla su palabra. Si no es así, le mataré.

—Te ayudaré —dijo Stacey melodramáticamente—. Un chantajista es un pozo sin fondo. Pero ¿qué es lo que tienes oculto en tu vida? ¿No puedes contármelo?

Ella le acarició suavemente le mejilla.

—Algún día, amor mío —contestó.

—Yo estaré siempre contigo, pase lo que pase, querida.

«Mientes, bastardo», pensó Clarabelle, acometida súbitamente por un quemante ramalazo de furia. Sin embargo, la sonrisa continuaba en sus labios, dulce, persuasiva, ficticiamente expresiva de una pasión que ya se había trocado en odio infinito.

Un día más tarde, Clarabelle que vigilaba atentamente a los dos amantes, los vio besarse en el vestíbulo. Luego, enlazados por el talle, se dirigieron al dormitorio. Arriba se oía el tecleo de la máquina de escribir, con ciertas intermitencias, pero ninguno de los dos amantes podía suponer que se trataba de una grabación en cinta.

Apenas los vio dirigirse al dormitorio, Clarabelle corrió al trastero. Había practicado un delgado orificio en el suelo de tablas y aplicó el ojo. Así pudo ver la impúdica exhibición que hacía Molly Aireen delante del embobado, y excitado, señor Stacey. Clarabelle torció el gesto. En comparación con los suyos, los pechos de Molly parecían las dos mitades superiores de otras tantas peras de no demasiado tamaño. Además, era más delgada y los huesos de la pelvis se marcaban a través de la piel.

El señor Stacey se desnudó también. Durante unos segundos, los dos amantes se dedicaron a un frenético cambio de caricias de todas clases, adoptando incluso lúbricas posturas que Clarabelle había visto solamente en revistas pornográficas. De pronto, Stacey y Molly cayeron sobre la cama, él encima, ella debajo, agitándose con violentísima pasión.

«Ha llegado la hora», se dijo Clarabelle.

Con la mano izquierda, levantó la pequeña trampilla que había practicado durante todos aquellos días, en el mayor secreto. En la derecha tenía un palo de metro y medio de largo, terriblemente aguzado en la punta. En el otro extremo, había un contrapeso, hecho con dos gruesas piedras, planas, unidas por anchas tiras de cinta adhesiva. El contrapeso, que añadía potencia a la improvisada lanza, resultó decisivo.

Molly tenía los ojos cerrados, sumida en el éxtasis del placer. En el último instante, pareció presentir algo horrible y los abrió, justo a tiempo de ver descender con enorme velocidad el palo puntiagudo.

Un horripilante alarido brotó de sus labios. El palo, arrojado por dos manos cuya fuerza había sido aumentada por la cólera y el rencor, cultivados durante aquellos días, atravesó de parte a parte el cuerpo del señor Stacey y, después de salir a la altura del estómago, penetró en el pecho de Molly, hasta llegar a su columna vertebral.

Durante unos segundos, Clarabelle disfrutó morbosamente del espectáculo de dos cuerpos unidos por la estaca, que se debatían espantosamente, en las últimas convulsiones de la agonía. Luego, poco a poco, los movimientos de la pareja cesaron y sobrevino la quietud definitiva.

* * *

Días más tarde, el comisario Talbot acudió a Lone Hill, llevado, según expresó, —por ciertos rumores que corrían en el pueblo acerca de la desaparición de Harry Stacey y de Molly Aireen.

—Es cierto, se han marchado —confirmó Clarabelle, impasible—. En estos momentos, me encuentro yo sola en la casa. El ama de llaves está de viaje, para atender a su hermana convaleciente, aunque me ha telefoneado para decirme que no tardará ya mucho en regresar.

—Es curioso —dijo Talbot, rascándose la mejilla con el pulgar—. Yo hubiera jurado que su esposo estaba perdidamente enamorado de usted.

—Yo también lo habría jurado, hasta que me di cuenta de la desaparición. Incluso tuvo la desfachatez de llevarse mi propio coche; por eso he tenido que alquilar uno en Marstonfield. Pero eso no es todo; cuando fui al Banco, me enteré de algo muy desagradable.

—Dígame, señora.

La entrevista tenía lugar en el gabinete íntimo de la casa. Clarabelle, elegante, mesurada, exquisitamente distinguida, se levantó, fue a un escritorio de persiana y sacó algo que enseñó al sargento.

—Mire —indicó—. Diez mil dólares.

—La firma es suya, señora —observó Talbot.

—Falsificada.

—Por su esposo.

Clarabelle sonrió.

—Llevábamos quince años de casados. Hay por ahí más de un documento con mi firma. Al señor Stacey le sobró tiempo para entrenarse.

—No cabe la menor duda —dijo el comisario.

—El señor Stacey manifestó en el Banco que iba de mi parle. Puesto que nos conocían a ambos de sobra, no consideraron oportuno confirmar telefónicamente la autenticidad del cheque. Veinticuatro horas más tarde, bueno, algo más, puesto que se marcharon cuando yo dormía profundamente, mi esposo y la señorita Aireen abandonaron Lone Hill.

—Su esposo dormía a su lado, supongo.

—Aquella noche, apostaría algo bueno, debió de propinarme un narcótico. Dormí de un tirón hasta las ocho y media de la mañana. Cuando desperté, estaba ya sola en la casa.

Talbot agitó levemente el cheque.

—Puesto que la firma es falsificada, querrá formular una denuncia por estafa.

—¿Lo cree necesario, comisario?

—Usted decide, señora.

Clarabelle simuló dudar un poco.

—¿Para qué? —Dijo al cabo—. Meterle en la cárcel no me serviría de nada. Y cuando le echaran el guante, suponiendo que lo consiguieran, ya habrían gastado ese dinero. Recobrar los diez mil dólares no me devolverá jamás el amor y el cariño inmensos que yo había depositado en un esposo infiel y casquivano.

—Eso sí es cierto, señora —murmuró Talbot—. En fin, lo siento infinito.

—En todo caso, y sin prisas, puesto que no las hay, estudiaré la posibilidad de plantear una demanda de divorcio. La ley está de mi parte, supongo.

—Sin la menor duda, señora. —Talbot esbozó una sonrisa—. Permítame que le diga que leí hace un par de noches, su último cuento policiaco, Noches de luna roja. Es realmente escalofriante y con un desenlace absolutamente inesperado.

Clarabelle sonrió, halagada.

—Aunque sólo fuese metafóricamente, sudé mucho para construir la historia —dijo—, celebro que le haya gustado, comisario.

Talbot se marchó. Al quedarse sola, Clarabelle encendió un cigarrillo.

Durante unos minutos, se sintió poseída por una terrible furia. La venganza no había satisfecho su amor propio ultrajado. Todos los hombres eran iguales: vanidosos, ególatras, narcisistas. ¿Cuántos Harry Stacey corrían libremente por este mundo?, se preguntó.

CAPITULO II

Las manos de Robin Ashton recorrieron ávidamente los redondos contornos de los hermosos senos. Ella suspiró y se apretó contra el cuerpo de Ashton. Ashton desabrochó la blusa y le quitó el sostén. Luego se inclinó para mordisquear suavemente aquel rosado vértice que se había endurecido bajo sus caricias. La mano izquierda se movía expertamente bajo las faldas de la visitante.

De pronto, ella tiró de su nuca y lo arrastró al diván, en donde ambos cayeron fundidos en uno solo. Al cabo de un rato, la mujer se levantó, arreglándose el pelo con las manos.

—Otro día, en tu casa y con más comodidad. Robin —dijo, un tanto enojada—. No me gusta portarme como una adolescente, haciendo el amor en cualquier sitio.

—No pareciste sentirte muy disgustada —comentó él, con moderado cinismo.

—Te has aprovechado de mí. Casi me has violado.

—Violación con gusto no mortifica, preciosa.

Ella emitió un bufido.

—Nunca más en un diván —insistió.

Minutos después, Ashton se quedaba solo, fumando un cigarrillo. La rubia era una buena hembra, pero con un inevitable mal genio después de los momentos de pasión carnal. No sabía por qué, pero era así. Ashton empezó a pensar en la conveniencia de dar de lado a una mujer que después de recibir placer, se enfadaba, en lugar He mostrarse agradecida.

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. Una hermosa muchacha, de poco más de veinte años, pelo intensamente negro y silueta muy atractiva, apareció ante sus ojos.

—Hablo con el señor Ashton, supongo —dijo.

—El mismo, señorita…

—Palmer, Myra Palmer.

—Es un placer, mis Palmer. —Ashton movió la mano—. ¿Quiere pasar a mi despacho? —invitó.

—Gracias.

Myra avanzó, taconeando vivamente. Una vez en el despacho, se sentó trente al joven. Abrió su bolso y sacó mil dólares en billetes, que puso sobre la mesa.

—¿Para qué es ese dinero, señorita?

—Deseo que busque a mi amiga, Ilona Horvin. Aunque de origen húngaro, nació aquí, en el país. Encuéntrela y recibirá mil dólares más, aparte de los gastos.

Ashton contempló pensativamente el pequeño fajo de billetes, sujetos por medio de una gomita.

—Debe de tener mucho interés en su amiga, para gastarse dos mil dólares en una investigación —observó.

—Lo tengo —admitió Myra—. Era mi secretaria particular y se marchó inesperadamente, llevándose la cifra de la caja fuerte de mi casa. No hay allí mucho dinero, sino documentos de gran importancia, que me son muy necesarios para la culminación de un importante negocio que llevo entre manos.

Ashton levantó las cejas.

—Una mujer tan joven, y está metida en negocios de importancia, y no conoce la clave de su propia caja fuerte.

—Usted cree que me estoy burlando, pero no es así. Yo tenía plena confianza en Ilona. Ella, por los motivos que fueran, cambió la combinación, sin advertírmelo previamente. Ayer, al ir a sacar esos documentos, me encontré con la sorpresa de que no podía abrir la caja.

Podía ser, pensó Ashton. Había llevado casos realmente absurdos, increíblemente disparatados. Aquella muchacha podía resultar verdaderamente una hábil mujer de negocios, con una secretaria despistada, o tal vez infiel.

—Dice que confiaba absolutamente en la señorita Horvin.

—Señora. Ilona está casada. Si, confiaba y sigo confiando en ella.

—Ha podido traicionarla por dinero.

—No lo creo. Ella no se llevaría jamás los documentos.

—Pudo fotografiarlos y vender el negativo, dejando en la caja el original. Al cambiar la combinación, le impide a usted utilizar esos documentos, que sus competidores ya conocen, con lo que el negocio se ha frustrado. Ocurre más de una vez, señorita.

—Es posible. —Myra vaciló laciamente—. Creo que no ha sido así, aunque nunca se puede asegurar rotundamente. —Sonrió con cierta timidez, tan contrastante con la resolución expresada desde el primer momento—. De todos modos, búsquela, por favor. Quiero saber por qué se ha marchado.

—Antes dijo que está casada.

—Sí.

—Tiene su marido en la ciudad.

—En efecto. Anote su nombre y dirección, por favor.

Ashton hizo lo que le pedían. Al levantarse, Myra añadió: —Puede que le interese. Hace tres o cuatro días, la oí mencionar algo que parecía una residencia fuera de la ciudad. Lone Hill. También el nombre de un pueblo: Marstonfield.

—Haré todos los posibles por encontrar a su amiga —prometió Ashton.

—Últimamente, la notaba un poco rara. Tengo la impresión de que su matrimonio estaba a punto de naufragar. Quizá ha decidido tomarse unos días de descanso, en algún lugar solitario, donde meditar sobre su futuro.

—Tal vez.

Myra le entregó una tarjeta de visita, en la que escribió un par de líneas.

—Si la encuentra y no quiere volver, pídale, por lo menos, la nueva cifra de la caja fuerte —indicó.

—Así lo haré, miss Palmer.

Aquella misma tarde, Ashton habló con el señor Horvin, También de origen húngaro, como su esposa. Frank Horvin le informó de cierta tirantez reinante en el matrimonio, lo que había motivado la marcha repentina de Ilona.

—¿Ha denunciado a la policía su desaparición?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Sé dónde está.

—En Lone Hill, Marstonfield.

—Exactamente.

—Iré a verla, señor Horvin. Su esposa tiene algo muy importante para la señorita Palmer.

—Ah, Myra Palmer —sonrió Horvin—. Una muchacha muy enérgica, inteligente y tremendamente capacitada para los negocios. Llegará lejos, se lo aseguro.

—No lo dudo —se despidió Ashton con una sonrisa.

* * *

El lugar resultaba un poco raro, terriblemente solitario y abundante en malezas y vegetación selvática. Había un camino que conducía a la casa situada en lo alto de una colina de no demasiada elevación. El pavimento se hallaba en malas condiciones y era preciso conducir con cuidado.

En algunos momentos, Ashton creía hallarse en otro país en una región que todavía no había sido explorada por el hombre. De pronto, divisó un cartel, sostenido por un poste. Estaba al lado del camino y decía:

PROPIEDAD PARTICULAR
PROHIBIDO EL PASO
¡HAY PERROS!

El propietario no se responsabiliza de los daños que puedan sufrir los infractores Ashton detuvo el coche. ¿Cómo se las arreglaba un visitante inesperado para llegar a Lone Hill?

Estaba a unos ocho kilómetros de Marstonfield y todavía le quedaban casi diez para llegar hasta la casa, invisible desde aquel punto. Si la propiedad era tan extensa, se comprendía que no hubiese valla que la delimitase, a la vez que sirviera de obstáculo a posibles intrusos. Se hubieran necesitado más de sesenta kilómetros de red metálica, además de un batallón de vigilantes, algo prohibitivo para el propietario de las tierras.

Decidiéndose de pronto, pisó el acelerador de nuevo y reanudó la marcha. Ya sabría excusarse ante el propietario, se dijo. Y si había perros

feroces, dentro del auto se sentiría seguro.

Poco a poco, fue ganando terreno. El camino era muy irregular en su trazado; tan pronto subía en empinadas pendientes, como descendía al fondo de las vaguadas. Los baches eran continuos. Allí no se podía correr y Ashton empezó a temer por la integridad de su coche. El dinero que le había pagado Myra Palmer podía irse en la reparación de alguna avería gorda, eso si no acababa por comprarse otro. Pero lo incluiría en la cuenta de gastos, no faltaría más.

Se preguntó quién podía tener interés en vivir en un paraje tan desolado. En cierto modo, resultaba un lugar agradable. Aquella tierra estaba como en el principio de los siglos, sin contaminar. Debía de ser muy abundante en caza, de ahí el cartel que había visto en los límites. También divisó algunas fuentes y arroyuelos, lo que le indicó que el agua no era precisamente el elemento menos escaso en la propiedad.

De pronto, cuando ya llevaba seis o siete kilómetros a partir del rótulo que demarcaba la linde, vio a una mujer parada al borde del camino.

Ashton detuvo el coche de inmediato. Ella, sorprendida, se volvió al oír el ruido del motor.

Era una mujer alta, de senos rotundos y figura con muchos atractivos, a pesar de que andaba rondando ya los cuarenta años. Vestía una blusa de color claro, falda y botas camperas. En la mano llevaba una recia correa.

Ashton se apeó.

—Dispense la intrusión, señora, pero me dirijo a Lone Hill y no encuentro la manera de llamar desde la entrada —manifestó, con la mejor de sus sonrisas.

Ella le miró con curiosidad. Ashton apreció un rostro tostado por el sol, en el que destacaban unos ojos que casi no parecían tener pupilas, de tan claras. La cabellera era de color rojo Fuego. Al brillar bajo el sol, la cabeza de la mujer parecía estar envuelta en llamas.

—Ese cartel está puesto más bien para los cazadores furtivos —contestó la mujer—. Soy Clarabelle Stacey, propietaria de Lone Hill.

—No sabe cuánto me alegro de encontrarlo, señora Stacey, aunque la verdad es que no me dijeron que el dueño de Lone Hill fuese una mujer. Mi nombre es Robin Ashton y soy investigador privado.

Ashton enseñó sus credenciales. Clarabelle enarcó las cejas.

—¿Qué busca aquí? —preguntó,

—Tengo noticias de que una joven vino a su casa, señora Stacey. Ilona Horvin…

—Oh, sí, claro. Está en mi residencia. Puedo saber para qué te busca, señor Ashton?

—No hay inconveniente, señora. La señora Horvin debe decirme la clave de una caja fuerte… pero si no le importa, preferiría hablar con ella, aunque sea en presencia de usted.

Ashton vio que Clarabelle vacilaba ligeramente. Tal vez no le

agradaba su presencia en aquel lugar, pensó.

—Será una entrevista brevísima, señora —añadió.

Clarabelle hizo por fin un gesto de aquiescencia.

—Vaya a la casa y hable con la señora Horvin —dijo.

—Mil gracias.

De repente, Ashton oyó un sonido que heló su sangre en las venas.

El ruido le hizo volver la cabeza.

Retrocedió.

Delante de él había un animal colosal, de pelaje rojizo, con los dientes fuera, la cola casi recta, moviéndose levemente a derecha c izquierda, dando la sensación de que iba a atacarle de un momento a otro. Ashton se dijo que no había visto jamás un perro tan grande ni tan fiero.

El can gruñía amenazadora mente. Los sonidos que brotaban de su garganta no eran demasiado potentes, pero ponían los pelos de punta.

De pronto, Clarabelle emitió una orden:

—¡Quieta, «Rena»! ¡Échate!

El animal obedeció. Sus gruñidos cesaron en el acto. Clarabelle se acercó y sujetó la correa al collar.

Ashton emitió una risita de circunstancias.

—¡Je! Parece una loba…

—«Es» una loba —dijo Clarabelle fríamente.

Ashton sintió que algo subía y bajaba por su garganta. Aquella mujer y su loba le daban miedo. Y, sin embargo, Clarabelle resultaba tan sensualmente atractiva…

Ella sonrió levemente.

—Puede seguir, señor Ashton.

—Sí, muchas gracias, señora.

Ashton volvió al coche. Diez minutos más tarde, estaba hablando con Ilona Horvin, una atractiva joven de no más de treinta años de edad, que le pareció llena de frustración. Ilona le dijo que sentía mucho haber abandonado repentinamente el empleo, sin avisar a Myra, a la cual, manifestó, estimaba profundamente, pero que, por ahora, no podía volver a su lado, llena, sin embargo, no especificó los motivos que la habían impulsado a retirarse a aquel paraje tan solitario, aunque facilitó la nueva clave de la caja fuerte.

—Lo hice porque no me fiaba de mi propio esposo —añadió.

—¿Su… esposo? —se sorprendió Ashton, quien ya había anotado la nueva combinación.

—Sí.

Ilona no quiso dar más detalles. Todo ello le parecía a Ashton muy raro, pero, a fin de cuentas, había conseguido lo que deseaba y Myra no quería tampoco más. Guardó la agenda de notas en el bolsillo y se dispuso a despedirse de Ilona.

En aquel momento, se paró un coche delante de la casa. Ilona miró a través de la ventana.

—Ah, es mi esposo —exclamó.

—¿No dijo que no se fiaba de él, señora Horvin?

—Eso no tiene nada que ver con su visita, señor Ashton.

El investigador hizo un gesto. Allí pasaban cosas muy raras. En el interior de la casa parecía reinar un ambiente opresivo. Ashton casi se ahogaba.

Ilona salió con él hasta la entrada y le presentó a su esposo.

—Ya nos conocíamos —dijo el señor Horvin.

—Sí, nos vimos hace un par de días —convino Ashton—. Ha sido un placer. Señor, señora…

Cuando se disponía a montar en el coche, vio a Clarabelle que llegaba, con «Rena» atraillada. Dos mujeres salieron corriendo entonces por la parte posterior de la casa.

Eran también jóvenes y atractivas. Una tercera surgió del bosque cercano. Ashton observó la esbeltez de su cuerpo, de piel oscura. Del otro lado de la casa, llegaron repentinamente unos aullidos estremecedores.

Clarabelle le miró y sonrió.

—Son los perros —dijo—. Durante el día, están encadenados.

—Sí, ya me imagino. Ha sido un placer, señora.

Las otras mujeres conversaban animadamente en un rincón de la explanada que había junto a la casa, cuchicheando sobre algo que parecía muy divertido. Ashton se quitó el sombrero un instante y volvió a su coche.

Estaba deseando abandonar Lone Hill. Aquel lugar le ponía nervioso.

El camino terminaba diecisiete kilómetros más adelante y desembocaba en la carretera secundaria que conducía a Marstonfield, situada a kilómetro y medio hacia el sur. Ashton decidió desviarse a fin de telefonear a Myra Palmer y anticiparle el resultado de sus gestiones.

Además, se sentía curioso y quería conocer más detalles de Lone Hill y de su hermosa y extravagante propietaria, aquella mujer que tenía una loba auténtica como protección personal.

CAPITULO III

Cuando abrió la puerta, oyó la voz de una mujer que decía:

—El billete es falso, no cabe la menor duda. No… no puedo decirle de dónde ha salido. Haré que mis hombres investiguen su procedencia. Le tendré al corriente, desde luego. No hay de qué, es un placer. Adiós.

Ashton miró el rótulo de la puerta, en que figuraban tres palabras reveladoras: Sheriff's Office. Prívate. En el primer momento, pensó que se habría equivocado. Pero luego, al ver la insignia que brillaba sobre el seno izquierdo de la mujer, comprendió que, en Marstonfield al menos, las feministas habían ganado otra batalla.

La mujer que estaba tras el escritorio le miró inquisitivamente.

—¿Sí?

Ashton sonrió.

—Dispense, sheriff…

—Jefe. O jefa, como prefiera. El rótulo está anticuado y he de cambiarlo —dijo ella—. Mi nombre es Alice Croyt… Oiga, su cara me parece conocida… ¡Ah, ya está, hombre! Tú eres Robin Ashton.

El joven respingó.

—Por todos los diablos. Si estoy delante de la mismísima Alice Johnson. Pero has dicho otro apellido…

—Me casé y enviudé —respondió ella, a la vez que le tendía la mano —. Siéntate, hombre, y cuéntame qué se te ha perdido por este rincón del mundo, olvidado de la mano de Dios.

Ashton sonrió. Recordaba a Alice de sus tiempos universitarios. Ella estudiaba también la carrera de derecho, aunque iba un curso más adelantado. Ahora, calculó, debía de tener treinta y tres años y la chica alta y delgada se había convertido en una mujer de formas rotundas y ojos perspicaces y llenos de malicia.

—Bueno, la verdad es que eres la última persona a la que habría esperado ver aquí —confesó él, a la vez que sacaba el paquete de tabaco—. Tú te has convertido en un jefe de policía y yo en un investigador privado, de cieno mérito, dicho sea sin falsa modestia. Pero me alegro infinito de verte, Alice.

—Gracias, Robin. Oh, perdona un momento, tengo un caso importante entre manos.

Alice usó el interfono. Momentos después, un hombre de uniforme entraba en el despacho. Ella le entregó un billete.

—Es falso. Me lo acaba de confirmar la oficina del Tesoro. Investigue su procedencia, Tom.

—Sí, señora.

El policía se marchó. Alice jumó las dos manos y miró sonriendo a su visitante.

—Bueno, y ahora, cuéntame tu problema. Tal vez yo pueda ayudarte.

—En el fondo, se trata de un simple problema de curiosidad. Ya he despachado lo que me trajo aquí, mejor dicho, a Lone Hill. Peí o casa y su dueña…

—Ah, te refieres a Clarabelle Stacey, la autora de cuentos policiacos.

—No sabía que fuese escritora —contestó Ashton, asombrado.

—Tiene varios seudónimos. El más conocido es Stella Vandelaert. Ahora, creo, se dedica, además, a consolar a mujeres frustradas en su matrimonio. Una especie de cura psicoanalítica muy peculiar. Lone Hill es un lugar muy bonito, aunque terriblemente solitario.

—He tenido ocasión de comprobarlo. De todos modos, ella me ha parecido muy rara. ¡Diablos!, todavía no me llega la camisa al cuerpo. Alice, ¿sabes que tiene como animal de defensa personal a una loba auténtica?

—Sí, algo he oído decir» aunque todavía no he recibido ninguna queja al respecto. Pero —Alice sonrió de aquella manera que le había conseguido tantas simpatías en la Universidad—, una vez conocí a un tipo que tenía dos panteras.

—¿Está casada Clarabelle?

—Pues… si, aunque d esposo la abandonó hace tres años, fugándose con la criada y con diez mil dólares que sacó del Banco, falsificando la firma de su esposa en un cheque. Entonces yo no era aún el jefe de policía: ese puesto lo ocupaba c» comisario Talbot, ya retirado. Desde entonces, no se ha vuelto a ver a Clarabelle con otro hombre.

—A menos que ese hombre llegue a Lone Hill, sin pasar por Marstonfield, como he hecho yo.

Alice se encogió de hombros.

—La vida privada de las personas no me incumbe, a menos que causen daño a un tercero —respondió—. Robin, me gustaría recordar viejos tiempos —añadió, sonriendo—. Si no tienes prisa, ¿por qué no vienes a cenar conmigo, en mi propia casa?

Ashton hizo un rápido cálculo. Myra ya tenía la combinación de su caja fuerte. Pedía tomarse unas horas de descanso.

—¿Hay un buen hotel en Marstonfield? —preguntó.

—En mi casa hay siempre una habitación para huéspedes inesperados —respondió la jefe de policía.

* * *

—Y dices que Lone Hill es una especie de residencia para mujeres frustradas en el matrimonio.

Habían terminado ya la cena y ahora estaban en un saloncito íntimo, tomando el café.

—Si —contestó Alice—. Ellas, las residentes, lo hacen todo, incluso la compra de las provisiones. Clarabelle tenía un ama de llaves y la despidió

hará cosa de año y medio. Es un lugar un poco raro, pero, mientras no quebrante la ley…

—Quizá las esposas engañadas o frustradas se retiran allí para reflexionar sobre su futuro.

—Posiblemente, es una terapéutica de grupo, cosa muy de moda ahora. Pero, en general, eso les pasa siempre a las personas débiles de espíritu. Con un mínimo de fortaleza y amor propio, los trances amargos se superan sin dificultad.

—Por ejemplo, tú.

Alice asintió.

—Sufrí mucho al conocer la muerte de mi esposo. Pero el tiempo suaviza la pena… y los vivos tenemos que seguir adelante. Era un hombre maravilloso, Robin —suspiró.

—Lo siento.

—Ya se me ha pasado —sonrió ella—. Aunque, desde luego, no lo suficiente como para encadenarme de nuevo. Y tú, ¿sigues soltero?

—Y sin compromiso —rió él.

Alice le miró maliciosamente.

—Se decían muchas cosas de ti en la Universidad. Eras irresistible.

—Fantasías de la gente. No lo creas, Alice.

—Sí, pero aquella profesora…

—Me cazó, me tendió una encerrona. Era madura, pero guapa.

—No te costaría mucho rendirte.

—Alice, no me saques los colores —dijo Ashton, riendo.

—Los hombres —exclamó ella—. Sois… incorregibles.

—Es cuestión de opiniones —Ashton apuró su café y miró el reloj—. Creo que debiera irme a la cama.

De súbito, la mano de Alice se apoyó en la pierna de su huésped.

—¿Tienes mucha prisa, Robin?

Ashton la miró fijamente. El pecho opulento de Alice, de sólidas curvas, subía y bajaba rápidamente. Ella tenía los labios entreabiertos y sus ojos brillaban de un modo especial.

La mano femenina seguía sobre su muslo. Ashton se inclinó un poco y la abrazó. Alice echó su cabeza ligeramente hacia atrás.

—Robin…

Ashton maniobró con la mano y el cierre del vestido se deslizó hacia abajo. Los hombros de Alice, redondos, tersos, salieron a la vista. Bajó la cabeza y hundió su rostro en el cálido hueco de los senos palpitantes.

Ella se agitó, inquieta. Ashton siguió maniobrando con la mano. La presilla posterior del sostén saltó. Dos redondas semiesferas, rematadas por sendas puntas de color rosado, erguidas y duras, emergieron vibrantemente.

—Robin. Robin… —gimió la mujer.

Los labios de Ashton recorrieron ardientemente la sedosa superficie de los senos femeninos.

—Me parece que tu habitación para los huéspedes quedará inédita esta noche —dijo.

De pronto, las manos de Alice se crisparon en su cabeza, aplastándole la cara contra el pecho.

—Tienes razón —murmuró ardorosamente.

Ashton alzó la cabeza y buscó la boca de Alice. Una lengua emergió inmediatamente y luchó contra la suya casi con ferocidad. Alice se agitaba y se removía convulsivamente, respirando con dificultad, pero sin romper el contacto. De pronto, Ashton se puso en pie y la alzó en brazos.

—Señala el camino —pidió, con voz ronca.

Alice tendió una mano.

—Es aquella puerta —dijo.

El último espasmo de placer los dejó agotados, pero felices y satisfechos. Pasaron unos minutos antes de que Ashton alargase su mano en busca de cigarrillos.

Alice encendió la luz. Ashton le pasó un cigarrillo ya encendido. Luego, a través del humo del suyo, contempló aquel espléndido cuerpo, que se ofrecía a sus ojos sin el menor velo.

—En este momento, ciertamente, no pareces un jefe de policía —dijo.

—Los jefes de policía también son personas —rió ella. Suspiró largamente—. Pero mañana te marcharás…

—Así es la vida —contestó Ashton, filósofo.

—Me gustaría que vinieses de cuando en cuando, Robin.

—Lo procuraré.

Alice se acurrucó sobre su pecho.

—Sé que no puedo retenerte, pero, al menos, déjame estar así un rato —pidió.

—Todo lo que quieras, hermosa.

Callaron durante unos momentos. De pronto, Ashton recordó algo.

—Alice, ¿crees que la presencia del marido de Ilona Horvin en Lone Hill forma parte de la terapia curativa de sus frustraciones cómo esposa?

—No lo sé —respondió ella—. Pero, en estos momentos, créeme, los Horvin, y sobre todo él, me importan un rábano.

* * *

Los ojos de Frank Horvin contemplaron con horror infinito el círculo de rostros femeninos que le rodeaban. En ninguno de ellos pudo ver la menor piedad.

—Pero… ¿qué les he hecho yo? ¿Por qué tienen que condenarme a muerte? —gimoteó—. Es cierto que Ilona y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero con un poco de comprensión y buena voluntad…

—Me engañabas continuamente —acusó Ilona—. Y, además, te aprovechabas de mi dinero, para gastártelo con otras mujeres.

—¡Que muera, que muera! —gritaron las otras, encabezadas por Clarabelle, cuya voz destacaba por encima de las demás.

Horvin creía hallarse bajo el influjo de una pesadilla. Aquellas mujeres, ¿se habían vuelto locas?

Su propia esposa, en tiempos tan dulce y sensitiva, tierna y amorosa, ahora parecía una arpía.

De pronto, sintió un violento empujón. Trastabilló y cayó de rodillas junto a la entrada.

—Sal —ordenó Clarabelle.

Todavía a gatas, con la cara inundada de sudor, Horvin miró a aquella hermosa mujer, que parecía disfrutar enormemente con el miedo que le poseía.

—¿Qué… qué es lo que van a hacer conmigo? —preguntó—. ¿Un tiro por la espalda?

—Acabarías demasiado pronto —dijo Clarabelle perversamente. De pronto, hizo chasquear un látigo.

Algo quemó la espalda de Korvin, de cuyos labios brotó un gemido de agonía. El dolor le hizo saltar. Otro latigazo le impulsó a correr. Era de noche. Podía ampararse en la oscuridad para conseguir la salvación.

De súbito, cuando había recorrido apenas una veintena de pasos, oyó Iras él unos feroces aullidos.

Volvió la cabeza un instante. Cuatro, cinco, tal vez seis enormes canes corrían fieramente a su alcance, dando enormes saltos en la explanada.

El pánico puso alas en los pies de Horvin. Pero las fieras corrían más.

De pronto, vio un árbol. Si consiguiera trepar a la copa…

Cuando alargaba las manos hacia el tronco salvador, sintió un lancinante dolor en la pantorrilla derecha. Un horrible alarido brotó de su garganta.

Unos colmillos agudísimos se hundieron cruelmente en su mano derecha. Horvin retrocedió, se tambaleó. La bestia tiraba ferozmente de la mano. Otro saltó al brazo izquierdo y lo hizo caer por tierra.

En la casa, las mujeres contemplaban con morbosa avidez el espectáculo. A las ventanas llegaba ruidos escalofriantes: chillidos de la presa, gruñidos de las fieras, chasquidos de huesos partidos por las potentes mandíbulas de los cánidos. De pronto, unos colmillos se hundieron en la garganta de la víctima.

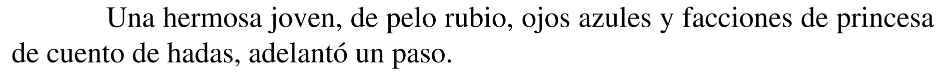
Horvin paleó todavía un poco, pero no tardó en quedarse quieto. Las fieras se entregaron entonces a disfrutar de un suculento festín.

Cuando todo hubo terminado, Clarabelle se volvió hacia Ilona.

—Estás vengada —dijo.

—Sí — contestó la interpelada.

—Pero la nuestra es una venganza que no puede tener fin jamás — declaró Clarabelle casi estridentemente—. Nunca dejaremos de seguir vengándonos de los hombres. ¿Quién de vosotras quiere ser la siguiente?



Una hermosa joven, de pelo rubio, ojos azules y facciones de princesa de cuento de hadas, adelantó un paso.

—Yo—dijo, resuelta.

Clarabelle le puso una mano en el hombro.

—Búscalo —ordenó.

—Lo buscaré.

—Pero recuerda una cosa, Juna Korstehl: si nos: traicionas, tarde o temprano, servirás de alimento a las lobas.

—No os traicionaré —contestó la joven de pelo rubio y ojos azules.

CAPITULO IV

—Ilona se queda allí durante una temporada —dijo Ashton.

Myra hizo un gesto de incredulidad.

—No lo entiendo, francamente —manifestó.

—A veces, las personas con problemas sentimentales, tienen reacciones insospechadas, señorita Palmer.

—Es probable —admitió Myra—. Pero, dígame, ¿cuál es la opinión que se ha formado sobre el particular?

Antes de contestar, Ashton se frotó la mandíbula.

—Bien, en primer lugar, hemos de considerar Lone Hill. Es una propiedad absolutamente aislada, a casi veinte kilómetros de Marstonfield, en el centro de un paraje selvático… De no ser por las especies propias de este país, diríase que es una selva virgen. Claro que la imagen que tenemos de una selva virgen es un tanto convencional, ya sabe, palmeras, lianas, vegetación intraspasable, fieras, aguas encharcadas, mosquitos… Pero creo que eso puede darle una idea de lo que es la propiedad.

—Sí. Continúe, por favor.

Allí hay unas cuantas mujeres frustradas, que hacen terapia de grupo, sin duda para recobrar la estabilidad emocional, perdida, no hay que decirlo, por causa de un hombre: esposo, amante, prometido…

—Bajo la dirección de un médico, supongo.

—Si hay un médico, yo no lo vi. Pero me imagino que la dueña de Lone Hill, dada su profesión, debe de ser una excelente psicólogo para tratar a sus… Digamos pacientes —sonrió Ashton.

—Ah, Lone Hill tiene dueña.

—Clarabelle Stacey, que usa, entre otros nombres, el de Stella Vandelaert. Quizá ha leído algún cuento policiaco suyo. Tiene cierto renombre en este sentido, señorita Palmer.

—Creo recordar ese seudónimo, aunque no estoy muy segura del todo. Así que Ilona se queda Allí.

—Sí, aunque vi a su esposo. Pero no puedo decirle si el señor Horvin se quedará también en Lone Hill o acudió para una entrevista en la que se iba a producir la ruptura definitiva en el matrimonio.

Myra hizo un gesto de pesar con la cabeza.

—Tengo la impresión de que Ilona ha sufrido un tremendo fracaso —manifestó—. Estaba muy enamorada de su marido.

—Suele suceder —dijo Ashton—. Le engañaba con otra, me imagino.

Myra asintió.

—Ilona toleró muchas cosas, entre ellas, el inveterado horror que el señor Horvin sentía hacia el trabajo. Pero la infidelidad fue la gota que colmó el vaso lleno de agua.

—Espero que recobre la paz de su espíritu en Lone Hill, sobre todo, si

no ve con frecuencia a «Rena».

—¿Quién es «Rena»? —preguntó Myra, sorprendida.

—La loba de la señora Stacey.

—¿Tiene una loba…?

—Sí. Yo la vi y pasé un miedo horroroso. Pero la señora Stacey se hace obedecer del animal con toda facilidad.

—Hay gente caprichosa en este mundo —sonrió Myra, a la vez que abría su bolso—. Bien, aquí tiene el resto de la suma concertada. Ahora, dígame por favor cuáles son sus gastos.

Ashton levantó la mano en un ademán magnánimo.

—No le voy a cobrar unos litros de gasolina —dijo—. Y ni siquiera tuve necesidad de hospedarme en un hotel. Estuve en la casa de una antigua conocida que, casualmente, resultó ser la jefe de policía de Marstonfield.

—Vaya, sí fue una casualidad —sonrió Myra—, Señor Ashton, le quedo muy agradecida. Haré saber a mis amistades la eficacia de sus servicios.

—¡Pero si usted me lo dio hecho todo! Lo único que hice fue viajar a Lone Hill… Usted misma podía haber ido allí…

Myra se puso seria de pronto.

—No podía —contestó escuetamente.

«Te he calado. Horvin fue infiel a su esposa contigo», pensó Ashton.

Por eso se explicaba la repentina marcha de Ilona y el cambio de combinación, a fin de fastidiar un poco a la que, de patrona, se había convertido inesperadamente en rival amorosa. Pero no hizo el menor comentario, aunque se sintió un tanto decepcionado al ver que una muchacha tan encantadora hubiera podido complicarse la vida con un hombre casado y, además, con la más fiel de sus empleadas. Por si fuera poco, Horvin no era demasiado atractivo físicamente… aunque tal vez poseyera otras virtudes, que habían llegado a cautivar a su interlocutora.

—Muy bien —dijo con una cortés sonrisa—. ¿Salió bien el negocio?

—Sí, ha resultado todo un éxito.

—Lo celebro infinito.

—Gracias. —Myra se puso en pie y él la imitó. La entrevista había tenido lugar a la hora del almuerzo, en el restaurante al que la muchacha acudía durante los días laborables. Al estrechar la mano de Myra, Ashton se dijo que allí finalizaba toda relación entre ambos.

* * *

Algunas semanas más tarde, Ashton se encontró con un viejo conocido suyo, agente del Departamento del Tesoro. Bill Charmaine se sentía muy preocupado, lo advirtió de inmediato en la expresión de su rostro.

—A ti te pasa algo —dijo Ashton, después de los saludos de rigor.

—Cierto —admitió Charmaine—. Andamos detrás de una

falsificación de billetes de veinte dólares. Muy bien hechos, todo hay que decirlo.

—Tú siempre vas detrás de los billetes falsos —rió el joven—. ¿Es muy elevada la cantidad?

—Varias decenas, por no decir centenares de miles de unidades. El bloque más grueso, si es que la definición sirve, fue a parar hace tres artos al Banco de Marstonfield. Allí, lógicamente, no se dieron cuenta, hasta que se les avisó, mucho más tarde, cuando la cosa ya no tenía remedio.

—Y los billetes se dispersaron…

—Se han podido recuperar unos cuatrocientos, es decir, alrededor de ocho mil dólares. Pero hay un paquete de diez mil o más, de los que no encontramos el menor rastro. Un día, sin embargo, volverán a los Estados Unidos. Presumo que salieron del país… pero, a la corta o a la larga, no hay billete que no vuelva a casita.

—Diez mil dólares no es ninguna tontería, Bill —dijo Ashton.

—Se los llevó un tipo llamado Stacey. Según creo, falsificó la firma de su esposa en un cheque, sacó el dinero del Banco y se largó con la criadita. No se les ha vuelto a ver más.

Ashton se puso rígido.

—Has dicho Stacey —exclamó.

—Justamente. ¿Lo conoces?

—No. En cambio, conozco a la esposa abandonada.

—¡Caramba, sí que es casualidad! ¿Te dijo ella algo de su esposo?

—Me lo dijo la jefe de policía de Marstonfield. Cuando hablé con Clarabelle Stacey, ella no mencionó en absoluto al esposo infiel.

—Tendría que hablar con la señora Stacey… Quizá sepa algo de su marido…

—Lo dudo mucho. El señor Stacey ha desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. Nadie sabe dónde está, Bill.

—Charmaine suspiró.

—Seguiré buscando más billetes de veinte dólares falsos —dijo—. A fin de cuentas, Stacey no tuvo nada que ver con el asunto. Son los falsificadores los que nos interesan realmente.

—Tuvieron que hacerlo bien, para engañar a los Bancos —sonrió Ashton.

—Un billete de veinte dólares se mira mucho menos que otro de mayor «calibre», Robin. —Charmaine Consultó su reloj—. Bien, tengo que marcharme. A ver cuándo, nos reunimos para tomar una copa juntos.

—Cuando quieras, Bill.

Al separarse de su amigo, Ashton casi se echó a reír. ¿Qué habría dicho el señor Stacey al enterarse de que todo el dinero robado a su mujer le había sido entregado en billetes falsos?

* * *

Inesperadamente, pocos días más tarde, Ashton recibió una llamada de Myra Palmer, chica le invitaba a una fiesta en la que, dijo, podía conocer a un personaje de importancia, que quería encomendarle una investigación sumamente discreta.

—Puede resultarle muy interesante para su futuro —dijo Myra. Citó un nombre y Ashton parpadeó, asombrado—. Tenemos relaciones de negocios y en este caso, le interesa el máximo de eficacia y discreción. Por la minuta, no se preocupe; él sabrá recompensarle adecuadamente.

—Está bien —accedió el joven—. ¿Cuándo, dónde y a qué hora?

—Mañana, a partir de las siete, en mi casa. Habrá buffet, frío, informal.

—Haré dieta —rió Ashton.

Myra también se echó a reír. Cambiaron un par de frases más y luego se despidieron hasta el día siguiente.

La fiesta, encontró Ashton, era muy selecta. No había más allá de diez y ocho o veinte personas, todas ellas, según apreció, de calidad. El conocido de Myra resultó ser Horacio Culver, luda una potencia financiera. El señor Culver, según apreció Ashton, se encontraba muy enamorado de su esposa.

—Le seré franco, amigo Robin —dijo Culver, en el rincón al que se habían retirado para conversar sin ser molestados—. Yo estoy loco por mi mujer… Pero, a veces, uno es débil… Bueno, el caso es que mi secretaria personal me sublevó… Más tarde he podido apreciar que lo hizo para ver si podía pescarme. Usted ya sabe lo que sucede muchas veces en casos por el estilo.

—Sí, nunca faltan las mujeres aprovechadas que tratan de romper un matrimonio, para cazar al marido en buena posición económica.

—Justamente —reconoció Culver—. El caso es que mi esposa nos sorprendió en… digamos una situación crítica. Pegó un portazo y se marchó.

—¿Y ya no ha vuelto a verla más?

—Prácticamente, no. Estuvo unos cuantos días en casa, encerrada en su habitación, a la que se hacía subir la comida. Luego, inesperadamente, se marchó. Una amiga suya, con la que hablé hace algunos días y a la que ella había relatado el conflicto, mencionó un lugar al que mi mujer se retiraba para una especie de cura psicológica o algo por el estilo… Francamente, señor Ashton, me siento desesperado… Por otra parte, no quiero informar a la policía; en estos momentos, un escándalo podría perjudicarme gravemente en los negocios… Usted me comprende, ¿no es así?

Ashton asintió.

—Le entiendo perfectamente —respondió—. Pero creo haber oído algo de un retiro de meditación…

—Sí, eso es lo que me dijo la amiga de mi mujer, aunque no supo darme más detalles. Le sugiero, amigo Robin, que busque en las clínicas psiquiátricas, en los lugares donde acogen a la gente con problemas…

Sin saber por qué, Ashton se acordó en aquel momento de Lone Hill, aunque, prefirió no mencionar aquel nombre.

—Haré lo que pueda —contestó—. Encontraré a su mujer, no tema Culver sonrió, muy aliviado.

—No se preocupe por la minuta —dijo.

Al cabo de unos minutos, se separaron. Entonces, Ashton vio una cara que le pareció conocida.

Era una joven encantadora, de rostro hechicero y cabellos que parecían de oro puro. Aquella cara… ¿dónde la había visto?

Una voz sonó de pronto a su derecha.

—Está embobado, contemplando a esa chica —dijo Myra.

—Es muy guapa, en efecto. Me parece conocida…

—Se llama Jutta Korstehl. ¿Quiere que se la presente?

De súbito, Ashton recordó una casa solitaria, en una colina perdida en una zona agreste y selvática, unas chicas preciosas que cuchicheaban en un rincón de la explanada, el aullido de los canes encerrados en las perreras…

—No, no hace falta —contestó—. Estaba equivocado. Nunca la había visto hasta hoy —mintió—. Además, ella parece muy entretenida con su acompañante.

—Es Roy Warner, su prometido —explicó Myra—. Habían roto el compromiso, pero, según me ha dicho Jutta, han vuelto a hacer las paces.

—Riñas de novios, ¿eh?

—Sí. Él es un conquistador y Jutta algo celosa. Roy tuvo un devaneo con otra mujer, pero fue flor de un día… Ella ha comprendido que no tiene nada que temer de su rival…

—Realmente, si yo estuviera en el lugar del señor Warner, no miraría a oirá mujer —sonrió Ashton—. Oiga, es una fiesta encantadora — elogió.

—¿Ha roto ya la dieta? —preguntó ella maliciosamente.

Ashton bajó la voz:

—Se lo digo en confianza. He tenido que aflojarme dos puntos el cinturón. Myra se echó a reír.

—Celebro su buen apetito… Ah, perdone, me llaman. No se marche sin decirme adiós, Robin.

—Sí, señorita Palmer.

—Me llamo Myra —indicó la muchacha, en el momento de separarse de su invitado.

Jutta Korstehl y su prometido estaban en un rincón, detrás de una enorme palmera de salón, con las manos muy juntas. Ashton maniobró para situarse cerca de la pareja, procurando actuar con toda normalidad.

—Entonces, ¿vendrás a verme, Roy?

—Pero qué cosas tienes… ¿Por qué no has de poder curarte aquí? Yo conozco a un buen psiquíatra, que te dejaría como, nueva…

—El mío es mejor —declaró Jutta—. Ven, y pasarás unos días deliciosos en el campo.

—De acuerdo —suspiró Warner—. ¿Dónde está esa clínica de maravilla, en la que se admiten invitados de los pacientes?

—Lone Hill. El camino empieza a un kilómetro y medio antes de Marstonfield.

—Iré el próximo fin de semana, querida —prometió Warner.

Ashton se relajó discretamente. La semana acababa de empezar. ¿Por qué diablos quería Jutta que su prometido fuese el viernes próximo a Lone Hill?

Desde luego, él pensaba ir antes. Al día siguiente.

CAPITULO V

El camino seguía igual de malo y polvoriento. En época de lluvias, debía de resultar intransitable, pensó Ashton.

Poco a poco, fue acercándose a la casa. Se preguntó qué diría su dueña cuando mencionase los motivos de su nueva visita. Tendría que serle sincero, no había otra solución.

De pronto, la vio, erguida e inmóvil, como en la ocasión anterior. Paró el coche. «Rena» no estaba a la vista. Ashton supuso que la señora Stacey debía de sacar a la loba, a diario, para mantenerla ágil y en forma. Una fiera semejante no se sentiría demasiado a gusto atada a una cadena.

Clarabelle giró lentamente al oír el ruido del coche. Ashton se apeó, aunque manteniéndose prudentemente junto a la portezuela abierta.

—Señora Stacey…

Ella sonrió débilmente.

—¿De nuevo por aquí, señor Ashton?

El joven miró aprensivamente a su alrededor.

—No tema —adivinó ella—. «Rena» anda por ahí, cazando conejos. Además, estando yo presente, no le hará el menor daño.

—Gracias, señora. Por cierto, me enteré en Marstonfield que es usted una distinguida autora de cuentos policiacos.

—Tengo cierto éxito, aunque últimamente he espaciado bastante mi producción literaria.

—He leído Noches de luna roja, Asesinato en el atolón y El muerto daba mucha risa —Ashton había juzgado prudente leer unos cuantos relatos y conservar los títulos en la memoria—. Francamente, me gustaron, señora Stacey.

—Agradezco sus elogios —contestó ella, con una leve inclinación de cabeza—. Pero me imagino, no ha venido aquí para hablarme solamente de mis aptitudes como escritora.

—Bueno, ya que la he encontrado, me pareció conveniente decírselo. Aunque la verdad es que estoy buscando a la señora Culver. Tengo entendido que se ha retirado a Lone Hill para soportar mejor cierto fracaso sentimental…

—¿Se refiere a Tracy Culver?

—Sí, señora.

—Efectivamente, está pasando una temporada en mi casa. Puede visitarla, sin ningún inconveniente. Vaya, vaya, señor Ashton.

—Gracias, señora Stacey —contestó el joven, muy aliviado. Realmente, había esperado una negativa, temiendo que sucediera algo extraño en la casa, pero la cortés aquiescencia de Clarabelle disipaba sus temores.

Entró de nuevo en el coche y arrancó en dirección a la colina.

* * *

Tracy Culver era una mujer verdaderamente hermosa, que apenas si rebasaba los treinta años. Cuando conoció los propósitos del visitante, se mostró escéptica, pero también encolerizada contra su esposo.

—Le sorprendí en su propio despacho, en el diván, acostado encima de la secretaria… Se movían como animales…

«Y cuando él estaba encima de ti, ¿cómo te movías tú?», pensó Ashton. Pero, claro, no lo expresó en voz alta.

Procuró ser paciente.

—Su esposo ha reconocido el error cometido —dijo—. Debe ser comprensiva, señora. La mejor virtud del ser humano es el perdón y la comprensión. La secretaria le tentó deliberadamente y, bien, su esposo, como cualquier otro hombre en las mismas circunstancias, fue débil…

—Tendré que pensármelo mucho —contestó la señora Culver—. Por ahora, prefiero que todo siga igual.

—Cuando él se entere del lugar en que está, vendrá a verla.

—Dígale que no lo intente siquiera o eliminará toda posibilidad de reconciliación. Necesito algún tiempo para relajarme, para olvidar aquella repulsiva escena… Dígaselo así y procure que lo entienda, si es que me ama tanto como dice.

Ashton se percató de la firmeza que latía en aquella respuesta y no quiso insistir sobre el particular.

—Al menos, ¿no puede adelantarme un plazo mínimo, para que su esposo se sienta más tranquilo?

Tracy vaciló.

—Tendré que consultarlo con la señora Stacey —dijo al cabo—. Ella es nuestra consejera sentimental y debemos aceptar sus decisiones.

—Bien, en tal caso, esperaré en el vestíbulo, señora Culver.

Ella hizo un ligero movimiento con la cabeza. Ashton abandonó la estancia y descendió a la planta baja.

Encendió un cigarrillo. De pronto, oyó una voz irónica a corta distancia: —¿Buscas pareja, muchacho?

Ashton se volvió. Aquella hermosa joven de piel oscura y formas de gacela, le miraba con ojos irónicos y la sonrisa en los labios pulposos.

—Tal vez tú querrías ser esa pareja —contestó—. Me llamo Robin Ashton. ¿Cuál es tu nombre?

—Keeni Tsamboo. ¿Te suena?

Ashton entornó los ojos. Aunque no era demasiado aficionado a la música moderna, recordaba el notable éxito que no hacía mucho tiempo había alcanzado una cantante de color, con sus sorprendentes melodías, de evidente base musical africana.

—La cantante —sonrió.

—Sí. Ahora estoy retirada.

—¿No te pagaban bien?

—Me pagaron con la traición.

—No entiendo…

—Mi partner era también mi prometido. Se lió con otra… el muy hijo de…

—Y has venido aquí a curar tu melancolía.

—Sí, pero el cuerpo me pide… Bueno, estoy llena de fuego. —Keeni entornó los ojos—. ¿No te sientes bombero, Robin?

Ashton tragó saliva. Aquella ardiente chica era capaz de arrastrarle a la cama, a poco que se descuidase. Pero no iba a cometer una imprudencia en aquel lugar.

Sobre todo, si pensaba que había una hermosa mujer, Alice Croyt, a menos de veinte kilómetros de distancia… En aquel lugar, un devaneo no resultaba conveniente ni discreto. Y no lo hacía por el color de la piel de Keeni; en tratándose de una mujer hermosa, la raza le tenía sin cuidado. Pero un oscuro instinto le decía que debía mantenerse aparte de aquella seductora sirena de epidermis color canela.

—Estoy muy enamorado de mi mujer —contestó evasivamente—. Nos apagamos los fuegos mutuos a la perfección.

—Lástima —suspiró Keeni.

—Oye —dijo él de pronto—, ¿aquí no hay más que mujeres solas?

—Sólo mujeres. Nada de machos.

—Excepto los perros —sonrió Ashton.

—Tampoco. No hay machos.

—¡Caramba! Diríase que esto es el Club de las Hembras. ¿No te dan miedo las perras?

Keeni hizo un gesto negativo.

—Sólo las sueltan por la noche —respondió.

—¿Hay muchas?

—Seis o siete… ¿Quieres verlas?

—Si no hay inconveniente…

Ella hizo un gesto con la mano.

—Ven, sígueme.

Salieron de la casa y dieron la vuelta. Al otro lado había un recinto vallado, en cuyo interior se veían media docena de animales de gran parecido tísico. Al ver a un extraño, aullaron furiosamente.

Ashton tragó saliva. O Keeni estaba engañada o no quería que conociese la verdad, sin saber que él estaba enterado de la existencia de, por lo menos, una loba. Pero todos aquellos cuadrúpedos que tenía ante sus ojos eran lobas, tan grandes o más que «Rena», y con una fiereza que ponía los pelos de punta.

—¿Te gustan? —preguntó Keeni.

—So… son muy hermosas…

—Hijas de la misma madre. El macho fue muerto después del

segundo apareamiento. Naturalmente, las que ves proceden de dos camadas. El semental estuvo aquí durante poco más de un año. Luego…

—Se suprimió el macho.

—Sí.

Una de las lobas se acercó a la red metálica y apoyó las patas delanteras para erguirse, a la vez que gruñía coléricamente, aunque sin elevar demasiado el tono. Ashton reconoció a «Rena», la loba favorita de la señora Stacey.

De pronto, se oyó una voz a corta distancia:

—¡Keeni!

La joven se volvió en el acto.

—Hola, Clarabelle; estaba enseñando la perrera al visitante…

Los ojos de la dueña de la casa fulguraban de un modo extraño.

—No vuelvas a hacerlo —dijo—. Sabes que, para tu terapia, la vista de un ser del sexo opuesto resulta perjudicial. Retírate, por favor.

—Sí, desde luego.

Keeni se marchó, agitando ligeramente la mano en señal de despedida. Ashton y

Clarabelle quedaron frente a frente.

—Siento haberla disgustado, señora Stacey —dijo él.

—No se preocupe, usted no tiene la culpa. Pero, como dije antes, la presencia de un hombre en esta casa puede resultar perniciosa en determinadas circunstancias. Sobre todo, cuando el tratamiento se ha iniciado no hace demasiado tiempo.

—Comprendo.

—En cuanto a la señora Culver, y si lo desea, puede preguntárselo usted mismo ha manifestado su deseo de aguardar todavía algún tiempo antes de enfrentarse con su marido.

—Tendré que hablar con ella. No porque desconfíe de usted, señora Stacey, sino porque cuando informe a su esposo, deberé decir que la respuesta procede directamente de boca de la señora Culver. Trate de comprender mi posición, se lo ruego.

Clarabelle extendió una mano, como invitando al visitante a acompañarla de nuevo a la casa.

—Nada más justo —accedió, con una brillante sonrisa.

Tracy Culver le miró fijamente momentos más tarde.

—Dígale a mi esposo que puede venir a visitarme dentro de tres semanas. Exactamente, el veintiséis de junio. Si lo desea, y he advertido en él síntomas de indudable y sincero arrepentimiento, podrá quedarse a pasar conmigo el fin de semana. De este modo, me será más fácil tomar una decisión en un sentido u otro. Pero habrá de venir precisamente en esa fecha o no habrá reconciliación jamás. ¿Está claro?

Ashton se inclinó ligeramente.

—Sí, señora. —He visto mujeres raras en este mundo, pero ninguna

como esta chiflada pensó.

Clarabelle le acompañó hasta la puerta.

—Cómo ha podido apreciar, señor Ashton, aquí no ocurren cosas extrañas —dijo—. Tener unas lobas domesticadas como protección no es puro capricho, sino simple precaución, lógica en un lugar tan solitario.

—Muy justo, señora Stacey.

Ella le tendió la mano, sonriendo encantadoramente.

—Celebro haberle visto de nuevo, señor Ashton.

—Ha sido un placer —contestó él.

Un coche se detuvo repentinamente frente a la casa. Jutta Korstehl se apeó, con aire de sentirse muy feliz.

—¡Clarabelle! —exclamó—. Oh, estás acompañada…

—El señor Ashton ya se iba —dijo la aludida—. Jutta, ¿conoces…?

—Nos vimos hace poco en una fiesta —manifestó el visitante.

—Oh, sí, es cierto —dijo Jutta—. Fue una velada encantadora.

—Desde luego. —Ashton se volvió hacia la dueña de la casa—. Señor Stracey… Señorita Korstehl…

Subió a su coche y arrancó en el acto. Las dos mujeres le contemplaron desde el umbral.

—Roy vendrá el próximo viernes, por la tarde —dijo Jutta.

Clarabelle sonrió demoníacamente.

Será nuestro invitado de honor —contestó—. Perdóname, pero tengo que hacer algo urgente.

Entró en la casa de nuevo. Junto a la puerta, había un viejo arcón, cuya tapa levantó, para extraer un objeto que aferró fuertemente con la mano derecha. Luego se encaminó hacia el primer piso.

Abrió una puerta. Keeni estaba sentada ante el tocador, arreglándose su rizada cabellera. Vio el látigo en la mano de Clarabelle y su cara se puso gris.

—Clarabelle, por favor… —dijo temerosamente.

El látigo chasqueó en el aire. Keeni se retorció de agonía y rodó por tierra.

—Has estado a punto de echarlo todo a perder—dijo Clarabelle, inclinándose hacia la joven—. ¿Por qué tuviste que llevarlo a las perreras?

—Yo… No me imaginé que eso tuviera importancia… Pero no le dije la verdad…

—¡Estúpida! Él sabe que tengo una loba. Le has dicho que los animales que hay allí son todas hijas de «Rena». ¿Qué crees que puede pensar?

—Pero… no es un delito tener…

El látigo chasqueó de nuevo. Keeni se retorció como una posesa.

—Basta, por favor… Te ruego me perdones…

—Debiera arrancarte la piel a tiras—dijo Clarabelle, con profundo acento de rabia—. Oye bien esto que voy a decirte: si cometes otra

imprudencia, te echaré a las lobas yo misma. ¿Lo has entendido?

—Sí, si… No lo haré más.

—Viniste aquí, por las mismas razones que las otras y bajo las mismas condiciones. Recuerda que hicimos un pacto, que no puedes quebrantar, sin perjudicarte gravemente a ti misma.

—Pero… yo quiero vengarme…

—Cuando te toque el turno. Todavía es pronto. Aún no estás demasiado madura para disfrutar de la venganza.

Keeni hizo un esfuerzo y se puso en pie. Por fortuna, el albornoz que llevaba puesto» había amortiguado casi por completo el efecto de los latigazos. Pero la espalda le escocía fuertemente en el lugar afectado por los golpes.

—No lo volveré a repetir —prometió humildemente.

Clarabelle sonrió.

—Lo hago por tu bien —dijo.

Giró sobre sus talones, abrió la puerta y salió, sin ver que Keeni le sacaba la lengua en son de burla.

CAPITULO VI

Alice Croyt se sentó de golpe en la cama. Sus pechos oscilaron por el gesto imprevisto, revelador de la sorpresa que acababa de recibir y que se reflejaba asimismo en la expresión de su rostro.

—Por todos los… ¿Has dicho lobas, Robin?

—Eso mismo he dicho, preciosa. ¿Acaso no lo sabías?

—Es la primera noticia que tengo —dijo ella, frunciendo el ceño—. Bien es verdad que, desde que ocupo el cargo, no he estado en Lone Hill. Y de ello hace dos años y medio.

—¿Habías estado allí en alguna ocasión?

—Sí, pero hace muchísimo tiempo, lo menos diez años. Es un lugar muy agradable, hasta cierto punto. Demasiado solitario. Entonces, la casa estaba deshabitada. Sólo volvieron a ocuparla hará irnos cuatro años; por lo visto, cuando ella empezó a tener éxito como autora de relatos policíacos, al parecer, ese aislamiento le va bien para redactar sus narraciones.

—Entonces, no conociste al esposo.

—Le vi un par de veces en el pueblo. Me lo presentaron, cambiamos las frases de rigor y eso es todo. A Clarabelle, en cambio, no la he visto nunca… quiero decir, que no la he saludado personalmente. No se deja ver mucho por Marstonfield, esta es la verdad.

—Bueno, tener unas cuantas lobas como protección personal, dada la soledad de aquel paraje, no es ningún delito, creo yo.

—A menos que causen daño a las personas.

—Ya las tiene hace algo más de un año. ¿Tienes noticia de algún ataque de las lobas?

—No, aunque eso no me gusta…

—¿Puedes prohibírselo?

—Tendré que consultarlo con el juez. Ciertamente, Lone Hill cae en mi jurisdicción, pero no deja de ser una propiedad privada y no puedo intervenir mientras no tenga evidencias muy fundadas de que se ha cometido un delito. Tú eres abogado, como yo, y conoces bien mis limitaciones.

—Desde luego contestó Ashton—. De todas formas, ella no parece darle importancia al hecho. Ni siquiera ha tratado de ocultármelo. Por lo que he podido apreciar, se cree psicóloga y ha montado esa especie de sanatorio… Oye, practicar la medicina sin título es delito, me parece.

Alice sacudió la cabeza. —No podría atraparla por ese lado —contestó—. Diría, y las otras mujeres se pondrían a su favor también, que se trata de una especie de internado, donde unas mujeres decepcionadas y frustradas sentimentalmente están pasando una temporada de calma y relajación. Tú mismo podrías hacer una cosa así, si lo desearas. Claro que con hombres…

—¡Con hombres! —se espantó él—. Con lo apetitosas que son las

mujeres.

Alice se echó a reír.

—Para ti lo son todas, ¿verdad?

Ashton alargó los brazos y atrajo a la joven hacia sí, obligándola a quedar encima de él. Sus manos recorrieron lentamente la desnuda espalda de Alice Croyt.

Ella buscó su boca. Dos lenguas se pelearon con furor sensual. Ashton sentía contra su pecho el cálido contacto de los senos femeninos. De pronto, hizo voltear a Alice. Luego se arrojó sobre ella con la furia de un huno. Ella le acogió con un gozoso grito de placer.

* * *

Estaba relajado, lomando el sol en la terraza contigua a la piscina, con un vaso empañado por el frío en la mano, cuando vio pasar a una hermosa muchacha por su lado. Iba ataviada con un brevísimo traje de baño de das piezas y se lanzó al agua con magnifico estilo.

Ashton continuó en el mismo sitio, hasta que la vio salir del agua, erguida y esbelta como una diosa pagana. Myra Palmer se enjugó el cuerpo un poco con la toalla de baño que había dejado en el suelo y entonces fue cuando vio que alguien le entregaba un vaso en el que tintineaban unos cubitos de hielo.

—¿Es usted un mago? —sonrió—. Precisamente, estaba pensando en tomar algo fresco…

Ashton le señaló una tumbona.

—Siéntese y bébalo con calma —dijo—. La verdad es que no tengo nada de mago, porque no supuse que podría encontrármela aquí, a estas horas.

—Cuando hace calor, vengo muchos días a refrescarme un poco, durante el alto de mediodía —explicó Myra—. Naturalmente, tengo aire acondicionado en el despacho, pero unos minutos de natación entonan mucho y dan ánimos para continuar la jornada.

—Trabaja demasiado. Es muy joven. Debiera tomarse la vida con más calma.

Ella le miró curiosamente. Ashton vestía un «polo» de color rojo fuerte, pantalón de hilo y zapatos trenzados.

—Predica con el ejemplo, ¿eh? —dijo irónicamente.

—La verdad es que no. Estoy aquí por motivos profesionales.

Myra señaló a la docena de hermosas bañistas que había alrededor de la piscina.

—¿A cuál de ellas está vigilando? —preguntó.

—A ninguna. Culver me citó aquí. No tardará mucho en venir, espero.

—Oh… ¿Ha hablado con su esposa?

—Sí. Anteayer estuve con ella. Regresé ayer, pero Culver no estaba en su casa. Había salido de viaje. He hablado esta mañana con él, pero me ha

citado aquí. No quiere recibir el informe por teléfono.

—Se comprende, claro. ¿Es… positivo? No, no me lo diga; he cometido una incorrección —dijo Myra rápidamente—. Usted tiene que preservar el secreto profesional…

—Realmente, no hay gran cosa que ocultar. Encontré a la señora Culver, hablé con ella y he podido observar síntomas indudables de reconciliación.

—De modo que la encontró —exclamó ella, admirada—. ¿Cómo supo su paradero?

—Estuve donde también está Ilona.

—Ah, entiendo. Por lo visto, es un refugio para mujeres frustradas por algún fracaso sentimental.

Ashton la miró fijamente.

—Apostaría algo a que usted tuvo parte en el fracaso de Ilona —dijo.

Myra apartó la cabeza a un lado. Ashton observó las rápidas palpitaciones de los senos juveniles, encerrados con dificultad en la escasa tela de la pieza superior del traje de baño.

—Fue un error de Ilona, aunque las apariencias estaban en mi contra —respondió con voz entrecortada—. No se lo quise decir entonces… ¡pero debe saber que no sucedió absolutamente nada entre Frank Horvin y yo!

—La creo, y no es necesario que me cuente lo que pasó. Al menos, ahora. Está muy alterada. Tómese otro trago y dése un buen chapuzón; verá cómo se le pasa muy pronto.

Myra sonrió.

—Sólo un trago y nada de baño; se me hace tarde para volver a la oficina. He de trabajar, Robin.

Ashton sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente.

—¡Trabajar! ¡Qué horror! —fingió escandalizarse—. En cambio, yo, me, parece que voy a pasarme el verano sin dar golpe.

—¡Cigarra! —le apostrofó ella riendo, a la vez que se ponía en pie.

—Usted tiene la culpa, por haberme presentado a Culver. Voy a cobrar una buena minuta, ¿sabe? dijo esta mañana que tenía cinco mil dólares preparados para mi… —Ashton retuvo la mano de la joven en la suya—. Por cierto, ¿estará trabajando a las siete y media de la tarde? Me gustaría invitarla a cenar…

—Venga a buscarme a casa —se despidió Myra alegremente.

Ashton meneó la cabeza. Una chica encantadora, con el único defecto de pensar demasiado en los negocios, se dijo. Pero en aquel momento vio a Culver que salía de uno de los vestuarios, en traje de baño y con una toalla en la mano, y se encaminó a su encuentro.

* * *

Roy Warren daba vueltas como un león enjaulado, en aquel cuarto en

que le habían encerrado tan inesperadamente, apenas llegado a Lone Hill. Después de preguntar por Jutta, su prometida, una mujer le había indicado aquella estancia. Warren había creído que Jutta acudiría a los pocos minutos, pero llevaba más de dos horas y nadie había dado aún señales de vida.

La puerta estaba cerrada con llave por el otro lado. En cuanto a la ventana, había una sólida reja, imposible de forzar solamente con las manos desnudas. Había intentado hacer algo con una silla, pero la madera resultaba demasiado endeble para aquellos gruesos barrotes. En cuanto a la puerta, de recios paneles de roble, provista de una cerradura de seguridad, resultaba asimismo invulnerable, sin disponer de medios adecuadas.

Era ya de noche cerrada. Warren había llegado minutos antes de la puesta de sol y, hasta aquel momento, nadie había dado señales de vida. Los únicos sonidos que había escuchado eran unos horribles aullidos. Los perros de presa que cuidaban de la propiedad durante la noche, se dijo.

Súbitamente, oyó ruidos de llaves en la cerradura. La puerta se abrió a los pocos instantes.

Una mujer le miró con fijeza.

—Salga.

Warren dio unos pasos fuera de su encierro.

—¿Qué significa esto? —gritó—. ¿Por qué me han tenido encerrado ahí, como si fuese un peligroso criminal…?

De pronto, vio que había más mujeres en el amplio vestíbulo. Una de ellas era Jutta, su prometida.

—Jutta, ¿qué burla es está? —clamó—. ¿Acaso tratas de tomarme el pelo?

Quiso avanzar hacia ella, pero la mujer que le había abierto se interpuso en su camino.

—Salga por aquella puerta —ordenó.

—¡No! —gritó Warren, muy excitado—. He venido a reconciliarme con mi prometida y no me iré…

—Ya no te amo, Roy —declaró Jutta fríamente.

Warren se quedó con la boca abierta.

—No entiendo absolutamente nada —manifestó.

Súbitamente, la mujer blandió un látigo y azotó los hombros de Warren con todas sus fuerzas.

—¡Salga! —gritó estridentemente.

—¡Fuera, fuera! —gritaron las otras a coro.

Warren empezó a sentir miedo. Aquellas mujeres… ¿estaban locas?

El látigo mordió su espalda nuevamente. Aulló de dolor. Tambaleándose, buscó la salida. Su pierna derecha tropezó con un delgado alambre, lo que le hizo vacilar, aunque logró recobrar el equilibrio casi en el acto, no sin recibir un tercer y dolorosísimo latigazo.

La puerta se cerró de golpe tras él. Warren, con los ojos inundados de lágrimas a causa del dolor, vaciló: De repente, oyó unos atroces aullidos.

Volvió la cabeza.

Durante unos instantes, divisó los rostros de las mujeres, situados al otro lado de dos ventanas, contemplándole con sonrisas burlonas en los labios. Pero, casi en el acto, oyó los aullidos más cerca. Y vio a la manada de fieras que galopaban velozmente hacia él.

El miedo puso alas en sus pies. Corrió enloquecidamente, sintió en la espalda el hábito mortal de las lobas. Gemía y lloraba de pavor, y sentía en el interior de su pecho el loco bataneo del corazón. Le parecía que no podía soportarlo, que los pulmones le iban a estallar…

Súbitamente, sintió un tremendo empujón y cayó de bruces. Rodó un par de veces por el suelo, pero el mismo pánico que sentía le dio fuerzas para ponerse en pie y conseguir dar media docena de pasos, luchando desesperadamente por su vida.

Pero era una partida que tenía irremisiblemente perdida. Su cuerpo desapareció debajo de las seis fieras que mordían y gruñían, con sonidos horripilantes. Todavía se movieron un poco sus piernas, hasta Que el mordisco final llegó al fondo de su garganta.

—Un espectáculo maravilloso —dijo poco después una de las mujeres.

—Sí, pero eso no es suficiente —exclamó Ilona Horvin casi rabiosa.

Clarabelle se volvió hacia la joven.

—¿Qué es lo que tratas de decir? —preguntó.

Había en los ojos de Ilona una extraña luz de odio.

—Mi esposo no fue el único culpable —respondió.

Clarabelle guardó silencio durante un momento. Hasta allí llegaban los estremecedores sonidos procedentes del grupo de lobas que devoraban a su presa.

Al cabo de unos instantes, sonrió y dijo:

—Tomaremos tu propuesta en consideración, querida.

CAPITULO VII

El coche describió una cerrada curva y se paró frente a la entrada de la casa. Clarabelle vio la insignia pintada en la portezuela y se sintió un tanto inquieta.

La única ocupante del vehículo policial se apeó y examinó la casa durante unos momentos. Era una mujer He mediana estatura, guapa, vistosa, que vestía blusa con hombreras y bolsillos, falda del mismo color caqui claro y botas marrones. Llevaba un sombrero de ala media, con hendidura en la copa. Sobre el pecho izquierdo se veía brillar la insignia de su cargo.

Algunas mujeres la habían visto llegar a la jefe de policía y corrieron inquietas hacia el despacho de Clarabelle. La dueña de la casa calmó rápidamente sus temores.

—Tranquilas, chicas, yo me entenderé con la jefe de policía. Y ya saben lo que tienen que contestar, si les interroga.

—No tiene derecho sin una orden del juez…

Clarabelle cortó en el acto las protestas de Elisa McDrew.

—Lo sé, querida, pero hemos de evitar a toda costa que sospeche nada. Una negativa rotunda podría resultar muy perjudicial, y yo sabré cómo entendérmelas con esa curiosa que ya está llamando a la puerta. Vamos, volved a vuestras habitaciones. Ahora, en estos momentos, estáis en vuestra hora matutina de relajamiento psicosomático. ¿Entendido?

Hubo un coro general de afirmaciones. Clarabelle se atusó el pelo y emprendió el descenso hacia la planta baja.

Abrió la puerta. Alice Croyt sonrió en el umbral.

—Señora Stacey.

—Sí, jefe Croyt. Pase, tenga la bondad.

—Gracias, muy amable. Perdone que la moleste, señora Stacey, pero he oído rumores acerca de los animales que tiene como guardianes de su propiedad.

—Ah, las lobas —Clarabelle ri6 mesuradamente—. Las tengo bien guardadas durante el día.

—Y las suelta por la noche.

—No, nada de eso. Pero podrían salir de su encierro, si alguien intentase llegar subrepticiamente a la casa. No obstante, debo admitir que, de cuando, saco a pasear a alguno de los animales. Convenientemente atraillado, por supuesto. Claro que, por otra parte, los he visto nacer y están muy domesticados.

—Para usted, por supuesto. ¿Y para los demás?

—Jefe Croyt, ¿hay alguna diferencia entre tener lobas o tener un mastín o un «doberman-pinscher» o cualquier otro perro de guarda, de esas razas que sólo obedecen a su amo y atacan fieramente a los intrusos? —Clarabelle se echó a reír—. Por supuesto, me doy cuenta claramente de lo que

significa la palabra lobo para las personas. Odio a la fiera, temores ancestrales, supersticiones…

—Sus lobas podrían escaparse y causar daños en la comarca.

—Están bien alimentadas. He hecho pruebas con ellas. Cuando suelto a alguna, siempre vuelve a su alojamiento. Le garantizo una total seguridad para la gente de Marstonfield, Jefe Croyt.

—Bien, pero, si las tiene cerradas todo el tiempo, no podrán defender la casa de los posibles intrusos.

Clarabelle hizo un gesto con la mano.

—Debería cercar la propiedad con una valla metálica, pero ordené me hicieran un estudio de presupuesto y el precio resultaba prohibitivo. Si consideramos la casa como centro, los limites, en forma aproximadamente circular, están a casi diez kilómetros de distancia. Por tanto, necesitaría poner unos sesenta kilómetros de valla.

—Sí, resultaría caro —admitió Alice.

—De todos modos, quiero tranquilizarla. ¿Le gustaría ver las lobas?

—Si no tiene inconveniente…

Aunque nunca le había agradado, Alice llevaba cinturón con un revólver en la funda. Maquinalmente, tocó la culata del arma, cosa que la hizo sentirse más tranquila.

Salieron de la casa. Clarabelle la llevó hasta la linde de la explanada, donde empezaba la zona de vegetación. Una vez allí, señaló dos gruesas estacas, hundidas en el suelo, de no más de treinta centímetros de altura, situadas a ambos lados del camino.

—Vea —dijo—. Por las noches, realizo la siguiente operación…

Clarabelle se apartó un par de pasos del camino y regresó con un alambre que pasaba por una anilla clavada a una de las estacas. El alambre tenía un gancho en el extremo, por medio del cual quedó unido a otro hilo metálico, que se hallaba también sujeto a la otra estaca.

—Ahora queda cerrado un circuito —explicó Clarabelle—. Cualquier intruso, por la noche, procurará llegar inadvertido, pero, a su vez, no advertirá el alambre. En cuanto lo toque, la tensión disparará un resorte, que hará funcionar el interruptor eléctrico de la puerta del recinto donde están las lobas. Como comprenderá, este sistema es tan efectivo como sesenta kilómetros de vallas, pero resulta infinitamente más barato.

Clarabelle desenganchó el alambre y lo arrojó a la maleza.

—Sígame, por favor.

Alice caminó detrás de la dueña de la casa. Una vez dieron la vuelta al edificio, se encontraron ante un amplio recinto vallado, con una gran caseta. Media docena de animales de pelo gris, rojizo se movían inquietos al otro lado de la valla.

—¡«Rena»!

Una de las lobas se destacó del grupo y trotó mansamente hacia la puerta. Clarabelle la abrió un poco y el animal salió fuera.

Alice retrocedió.

—No tema —dijo Clarabelle—. Mientras yo esté a su lado, no atacará a nadie. «Rena», échate.

La loba apoyó su vientre en el suelo, mientras movía la cola lentamente.

—Es tan mansa como un gatito —rió Clarabelle—. Naturalmente, con un intruso hostil, se portaría de muy distinta manera. «Rena», saluda a la visitante.

La loba se puso en pie y caminó hasta Alice, quien se mantuvo rígida, inmóvil. El hocico de la fiera se acercó para olisquear los bajos de la falda de la visitante. De pronto, «Rena» se puso en pie y apoyó sus patas delanteras en el lecho de Alice sacando la lengua, para dar unos lametones en la cara de la joven.

—Vamos, «Rena». Vamos, eso no se hace —dijo Clarabelle cariñosamente, a la vez que asía el collar que rodeaba el cuello de la loba—. Como puede ver, «Rena» es mansísima y sumamente cariñosa.

Alice forzó una sonrisa de circunstancias.

—Le quedo muy agradecida por la demostración, señora, pero, de todas formas, le recomiendo tome el mayor número de precauciones posibles. Si uno de esos animales se escapara… bien, los dieciocho o veinte kilómetros que hay hasta Marstonfield no representarían nada para él.

—Sólo iría al pueblo en busca de comida, y aquí no le falta.

—Mejor para todos, señora Stacey. ¿Cómo van sus pacientes?

Clarabelle se echó a reír.

—Temo que está equivocada, señora Croyt —respondió—. Esto no es ninguna clínica ni yo me tomo atribuciones que sólo competen a los médicos. Mis huéspedes, amigas mejor dicho, están aquí para pasar una temporada de reposo y superar ciertos traumas y frustraciones sentimentales. Yo me limito a aconsejarlas, a estimular su interés por la vida. Escucho sus confidencias y trato de hacerles ver que el fracaso con un hombre no significa la pérdida total del optimismo y la fe en el futuro. Cualquier persona, con un poco de sensibilidad, podría hacer lo mismo, ¿no le parece?

—Evidentemente —convino Alice—. Pero pagarán su… tratamiento…

—Bien, en este mundo no hay nada gratis. Sin embargo, mis honorarios son perfectamente soportables para mis huéspedes.

—Lo celebro infinito. Señora Stacey, tengo entendido, y dispense que esto remueva malos recuerdos en su mente, que su esposo se fugó con la criada.

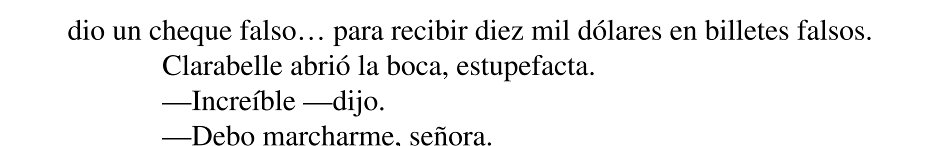
Clarabelle se puso seria en el acto.

—Si —contestó con voz tensa.

—Y le robó diez mil dólares, mediante un cheque falso.

—En efecto.

—Entonces, señora Stacey, ríase de su esposo, esté donde esté, porque



dio un cheque falso… para recibir diez mil dólares en billetes falsos.

Clarabelle abrió la boca, estupefacta.

—Increíble —dijo.

—Debo marcharme, señora.

Súbitamente, Clarabelle prorrumpió en una estruendosa carcajada.

—¡El muy imbécil! —exclamó—. Me hubiera gustado ver la cara, cuando cambiasen uno de los billetes y les dijeran que no valían ni el papel en que estaba impreso.

—Sí, tuvo que resultar divertido —sonrió Alice—. Señora Stacey, ha sido una conversación muy instructiva. Gracias por su cortesía.

—He tenido un gran placer en atenderla, jefe Croyt.

Alice volvió a su coche. Clarabelle permaneció en su sitio unos momentos todavía, hasta que hubo perdido de vista el automóvil. Luego hizo que «Rena» volviese al recinto vallado y corrió a su habitación.

Una vez en ella, levantó la persiana de su escritorio. Abrió uno de los cajones. Estaba repleto de billetes de Banco.

Tomó uno y lo contempló a través de los párpados entornados. Se preguntó cómo era posible advertir la falsificación.

De pronto, se abrió la puerta. Una mujer asomó la cabeza.

—Clarabelle, ¿qué ha dicho esa mujer policía? —exclamó.

La mano de Clarabelle cerró de golpe el cajón del escritorio.

—Nada, no te preocupes, Susan, todo ha ido como esperábamos —contestó.

Los ojos de Susan Lawrence se dirigieron un instante hacia el mueble. Luego sonrió.

—Mejor así —dijo—. Perdona que te haya molestado.

—En absoluto, querida —Clarabelle bajó la persiana, echó la llave y se puso en píe—. Creo que debieras salir a dar un paseo, Susan.

—Es una buena idea —admitió la otra mujer.

* * *

—De modo que sigues haciendo el haragán —dijo Myra, mientras contemplaba a su interlocutor, sentado frente a ella, por encima del borde de su copa.

—Hasta que se pase el verano —respondió Ashton.

—Tienes vocación de vago —sonrió la chica.

—No es eso. Mira, Culver se mostró muy generoso conmigo; incluso me dio mil dólares de más. Estaba contentísimo por conocer el paradero de su esposa y por las buenas noticias que le había traído.

—Sí, pero eso no explica del todo tu falta de interés por el trabajo, Robin.

—Myra, veo que no me comprendes —suspiró él—. Hace algunas semanas, tú me pagaste dos mil dólares. Culver me ha dado seis mil. No tiene

sentido afanarse como una hormiga, matándose a trabajar por conseguir unos cuantos billetes más. Si yo fuese un hombre codicioso, sí, desde luego, andaría por ahí buscando pruebas contra un esposo infiel o siguiendo a un empleado desleal. No soy un hombre que busque el dinero sólo por conseguir ciertos lujos que me dejan indiferente. Vivo bien, con comodidad, no tengo caprichos caros o inútiles…

—Eso es falta de ambición, Robin —dijo la joven.

—No, no lo creas. Es tomarse la vida con tranquilidad, ganar lo suficiente para vestir con decoro, tener un Coche decentito, evitar las telarañas en el estómago… y, de cuando en cuando, poder invitar a cenar a una chica bonita. ¿No te parece suficiente?

—¿Es eso cuanto deseas en otra vida?

—Si lo dices por mi soltería, te diré que aún no he encontrado la mujer ideal.

—Porque te gusta que comparta tu forma de pensar.

—Hasta cierto punto. Si pensase de una forma absolutamente idéntica a la mía, la existencia resultaría abrumadoramente monótona. Lo que no quiero es dar con una mujer ambiciosa, que considere el dinero por encima de todo.

—Eres un tanto filósofo, y yo diría que en esas frases hay un cierto reproche para mí.

—No andas descaminada del todo, aunque, como comprenderás, no voy a disuadirte para que pienses de otro modo. Si tienes éxito en los negocios, es que eres inteligente, y una mujer inteligente no necesita que le digan el comportamiento que ha de observar. Y, si además, te gusta lo que haces, que es muy importante, miel sobre hojuelas.

Myra pareció quedarse pensativa unos momentos, mientras jugueteaba con su copa vacía. En aquel momento, se acercó un hombre a la mesa. Era Max Hubner, el dueño del local en que se hallaba la pareja.

CAPITULO VIII

—Espero que hayan quedado satisfechos —dijo Hubner, con su mejor sonrisa.

—Oh, sí, ha sido una cena estupenda, Max —contestó Ashton—. ¿Conoces a la señorita Palmer? Myra, te presento a Max, el dueño de este restaurante.

—¿Cómo está usted? —Saludó Hubner—. Robin, celebro que, por lo menos, hayas quedado satisfecho del menú. En cuanto al resto del espectáculo, francamente, anda algo bajo de tono.

—No te entiendo —dijo el joven—. He visto un par de cantantes muy buenas, musicalmente hablando, claro; un acróbata excelente…

Hubner hizo un gesto con la mano.

—Son números corrientes — respondió, desdeñoso—. El que tenía antes sí atraía público, pero ella se marchó de repente. Luego saldrá su pareja, pero, solo, no es ni la décima parte de lo que era hace unos cuantos meses. Sixtus Gordon ha perdido muchísimo desde la marcha de su chica. Claro que él tuvo la culpa…

—Creo recordar —dijo Ashton—. Había aquí una pareja, de color; él contaba chistes, que enlazaban con las canciones de la chica…

—Exacto. Tenían un éxito fenomenal y era preciso reservar las mesas con un par de semanas de antelación, por lo menos. Ahora… —Hubner hizo un pesaroso ademán con la mano—, ya ves, sobran sitios. Keeni Tsamboo me fastidió soberanamente, créeme.

—Has dicho Keeni Tsamboo, Max —exclamó el joven súbitamente.

—Sí, en efecto. ¿La conoces?

—Había oído hablar de ella —mintió en parte Ashton—, De modo que formaba pareja con Gordon.

—Sí, pero ese imbécil de Sixtus se lió con una fulana y Keeni, que parecía chiflada con él, se enfadó de tal manera, que, de la noche a la mañana, desapareció y no la he vuelto a ver. Créeme, daría algo bueno por tenerla aquí de nuevo.

Ashton se echó a reír.

—Vamos, serías capaz de pagar una recompensa por Keeni, como se hace con los criminales —exclamó jovialmente.

—Pues sí, aunque, como puedes comprender, la quiero viva y en forma. No he perdido dinero realmente, pero he dejado de ganarlo. Y mucho, Robin. Bien, no les quiero cansar más con mis problemas. Señorita Palmer, celebro que haya disfrutado de la cena, ya que no del espectáculo. Robin —Hubner palmeó los hombros del joven—, eres mi invitado.

—Oh, Max, no lo puedo consentir…

—Está hecho ya —se despidió Hubner, con una última inclinación de cabeza, dirigida a la chica.

Ashton se acarició el mentón pensativamente.

—No se lo he querido decir —murmuró—, pero yo sé dónde está Keeni.

—¿Qué? —respingó Myra.

—Sí. Incluso hablé con ella la última vez que estuve en Lone Hill.

—¡Esa… especie de clínica para mujeres con problemas sentimentales!

—Exactamente.

—Bueno, podrías volver y hablar con ella. Max te pagaría bien el trabajo —sonrió Myra.

—Me lo pensaré. Culver irá hoy a Lone Hill y no quisiera que mi presencia pudiera frustrar, de alguna manera, la reconciliación con su esposa. Tal vez vaya el lunes…

—Puedes conseguir un buen puñado de dólares, Robin.

Ashton miró a la muchacha con severidad.

—Max es un buen amigo —dijo—. ¿No sabes pensar en otra cosa que dinero, Myra?

Ella enrojeció.

—No quise enojarte, Robin —se disculpó.

—Perdóname tú, lo he dicho sin pensar. Quizá es que trato, inconscientemente, de cambiar tu carácter, pero no lo desearía. Eres feliz con tu trabajo, con tu forma de vida y eso vale mucho.

Myra sonrió.

—Cada uno, mientras pueda, debe hacer lo que más le guste. Incluso dedicarse a la holganza durante una témpora da. ¡Si yo pudiera! —suspiró.

—Todo es cuestión de proponérselo, querida —Ashton se acarició el mentón—. Sí, creo que el lunes volveré a Lone Hill —añadió.

* * *

El que no volvió de Lone Hill fue el señor Culver. El viernes por la noche, seis lobas tuvieron un magnífico festín. La señora Culver disfrutó enormemente viendo a su esposo convertido en alimento para las fieras.

—Y ahora —dijo Ilona, cuando todo hubo terminado—, es preciso pensar en mi plan.

—He pensado mucho —contestó Clarabelle—. Pero antes de llevarlo a cabo, me gustaría estudiar personalmente a la persona involucrada en este caso. No es corriente y se sale de las normas establecidas, pero, desde luego, empiezo a estar de tu parte.

—¿Tienes alguna idea formada?

Clarabelle miró hacia la ventana. La luna había perdido hacía rato su color rojo. Del exterior llegaban todavía chasquidos de huesos rotos por poderosas mandíbulas.

—Creo que sí —contestó—. Mañana mismo iré a la ciudad. Antes de

dos días, espero, podré darte una respuesta definitiva, Ilona.

* * *

Inesperadamente, el domingo por la mañana, cuando todavía se hallaba sumido en las delicias del sueño, Ashton recibió una llamada telefónica.

—Soy Clarabelle Stacey. Me recuerda usted, ¿verdad?

Ashton se sentó de inmediato en la cama.

—Por cierto, señora —contestó—. Pero nunca pude imaginarme… ¿Cómo se ha enterado de mi número de teléfono?

—La guía, hombre. No hay muchos Ashton en la ciudad y que, además, se llamen como usted. En cambio, francamente, no creí encontrarle en casa. Pensé que tendría que aguardar hasta mañana, cuando hubiese vuelto de su fin de semana.

—Oh, no, señora no salgo los fines de semana. Las carreteras están atestadas. Odio las multitudes, señora Stacey.

Ella se echó a reír.

—Parece que somos de la misma opinión —manifestó jovialmente—. Por favor, puesto que le he encontrado en su casa, ¿querría perder unos minutos de su tiempo conmigo?

—Todo lo que sea necesario, señora. ¿De qué se trata?

—Se lo diré personalmente. Venga a verme después del almuerzo. Me hospedo en el Desert Road Motel.

—Eso está fuera de la ciudad, señora.

—Hemos quedado en que detestamos las multitudes, ¿no? Es mejor que un hotel, con sus inmensos corredores, llenos de habitaciones. Mi apartamento es el veintidós.

—Lo tendré en cuenta, señora Stacey.

—Por favor, Robin: llámeme Clarabelle.

—Sí, Clarabelle.

Ashton volvió el teléfono a la horquilla. Sentado en la cama, encendió un cigarrillo. ¿Qué podía querer de él aquella hermosa domadora de lobas?

Clarabelle le recibió, aparatosamente vestida con un peinador hecho con varias docenas de metros de tejido finísimo, debajo del cual se veían dos prendas íntimas, de encajes negros, harto escasas de tela. Ashton, a pesar de haber visto muchas cosas en su vida, no pudo evitar tragar un poco de saliva al contemplar aquel atractivo espectáculo.

—Entre —invitó Clarabelle con cálida sonrisa—. Le he preparado algo fresco; hace ya mucho calor.

—Sí, es cierto.

—Quítese la chaqueta, no guarde ceremonias conmigo. Somos amigos, me parece.

—Bueno…

Ashton aceptó el vaso alto que ella le ofrecía, cuyo vidrio aparecía empañado a causa de la baja temperatura del líquido que contenía. Tomó un sorbo y movió la cabeza apreciativamente.

—Delicioso—alabó—. Y ahora, si quiere decirme…

Clarabelle se sentó en un diván. La bata se abrió hasta las caderas, pero ella no hizo nada por cubrir sus hermosas piernas.

—Venga aquí —sonrió—. ¿O es que le asustan las mujeres?

—Terriblemente, si son muy hermosas.

—No exagere. Yo soy más bien corriente y, además, mi juventud está muy lejos.

—Ahora es usted la exagerada, Clarabelle. Hay pocas chicas que podrían compararse favorablemente con usted y menos aún que la superen.

—Habla de un modo realmente encantador, Robin —dijo ella—. Pero vayamos a lo que interesa. Usted me dijo en cierta ocasión que es investigador privado.

—Lo soy, en efecto; con licencia.

—Quiero encomendarle una investigación.

—El paradero de su esposo, claro.

Clarabelle se echó a reír.

—¡Ese imbécil! Oh, no, en absoluto; ya no me importa más que una colilla de cigarrillo. Se trata de otra mujer.

—Ah —murmuró él—. Tal vez alguna solicitante de un lugar en Lone Hill. Usted, antes de admitirla, quiere saber quién es realmente.

—Bueno, hasta ahora no tengo noticias de que vaya a pedirme una habitación en Lone Hill. Pero una de mis invitadas mencionó su nombre y pienso que esa chica pudiera venir allí algún día. Simplemente, prefiero estar prevenida.

—Clarabelle, en estos momentos, yo estoy de vacaciones. Si lo desea, puedo enviarla a una reputada agencia…

—No, ha de ser usted precisamente —dijo ella con vehemencia—. No confiaría en otro, Robin.

Ashton hizo una inclinación de cabeza para agradecer la gentileza.

—Siendo así, veré qué puedo hacer.

Clarabelle adelantó un poco el busto bien formado, cálido, terriblemente incitante, del que se desprendía un leve aroma a flores silvestres. Ashton contempló la divisoria entre aquellas dos blancas semiesferas, que latían perceptiblemente.

—Lamento mucho interrumpir sus vacaciones, pero creo que no le costará demasiado trabajo —dijo ella—. El nombre de la mujer es Myra Palmer y vive en…

Ashton respingó levemente.

—Una vez fui allí, a Lone Hill, en su nombre —recordó.

—Lo sé. Había tenido problemas con una de mis invitadas, Ilona Horvin. Pese a todo, la amistad sigue entre ambas.

—Bueno, pues no sé que puedo averiguar yo que Ilona no pueda decirle, Clarabelle.

—Usted puede averiguar cosas que Ilona no está en condiciones de saber, a pesar de la amistad que tiene con Myra.

A Ashton le parecía un poco raro todo aquello, pero, sin embargo, era hombre habituado a no dar una negativa rotunda en determinadas circunstancias. Por lo que sabía, la salud mental de Myra y su estado de ánimo eran perfectos. No había en su vida ningún conflicto sentimental y lo que menos deseaba la muchacha era, según creía, ir a Lone Hill para pasar allí una temporada de retiro.

—Está bien, investigaré —dijo, tras breve reflexión—. En cuanto pueda, iré a llevarle los resultados de mi labor.

—Le pagaré…

—No. Corresponda con otro favor.

—¿Si, Robin?

—Aquella chica de color, la cantante…

—¿Se refiere a Keeni Tsamboo?

—Justamente. Está en Lone Hill, pero se marchó dejando plantado al dueño del local en que trabajaba. Es un buen amigo mío y me consta que se alegraría de tener a Keeni nuevamente en su nómina. Atraía mucha gente a su negocio, ¿sabe?

—Keeni actuaba en pareja con otro artista. Estaba enamorada de él y lo sorprendió en los lavabos, con una simple camarera, portándose como bestias salvajes. Keeni sufrió un desengaño terrible, Robin.

—Sí, me lo imagino, pero, ¿no habría manera de convencerla para que volviese a actuar?

—Hablaré con ella, aunque no le garantizo un resultado favorable.

—Inténtelo al menos.

—Descuide. Favor por favor, ¿no?

Ashton sonrió. Clarabelle estaba muy cerca de él, con aquellos ojos tan claros mirándole de un modo singular, los labios entreabiertos y el pecho palpitante. Ashton pensó que era una mujer con muchos atractivos y que no debía desperdiciar la ocasión que se le ofrecía tan agradablemente.

Abrazó a la mujer. Ella se estremeció levemente.

Ashton buscó sus labios. Las dos bocas se confundieron en un largo y ardiente beso.

Cuando los dientes de Clarabelle mordisquearon suavemente su lengua, no pudo evitar un pensamiento, en el que «Rena», la loba, figuraba en primer término.

Pero Clarabelle no era una fiera, sino una mujer llena de vida. Lo supo cuando ella se convulsionó en sus brazos, en el estallido del placer sensual que los hizo arder con un fuego que desearon no se extinguiera jamás. Mientras se hundían en las delicias de una voluptuosidad desatada sin límites, Ashton pensó también en que el señor Stacey había sido un estúpido.

Mucho más tarde, ya de noche, Ashton empezó a vestirse.

—Me gustaría hacerte una pregunta, Clarabelle —manifestó.

Ella, tendida en la cama, lánguida, satisfecha, le miró sonriendo:

—Dime, querido.

—Culver y su esposa… ¿se han reconciliado?

Ashton observó un ligero movimiento de sorpresa en la hermosa mujer que seguía en el lecho.

—No. Ella no quiso. ¿Por qué lo preguntas? —respondió Clarabelle.

—Mera curiosidad. Culver estaba enamoradísimo de su esposa. Se sentía muy arrepentido de lo que había hecho.

—Temo que no haya reconciliación, Robin. Todas las mujeres que hay allí son muy sensibles a ciertos aspectos sentimentales de la vida.

—Pero tú podrías influir…

—No, ésas son decisiones que ellas deben lomar por sí mismas. Lo que yo Hago es estimularlas para que sigan viviendo, para que olviden el trauma psíquico que les supuso la infidelidad del hombre al que amaban. Si luego ellas deciden volver con su esposo, mejor que mejor… pero nunca las fuerzo a que resuelvan en un sentido u otro.

—Comprendo. Entonces, el señor Culver se volvió de Lone Hill con las manos vacías.

—Sí, Robin.

CAPITULO IX

Desde la ventana de su dormitorio, Susan Lawrence contempló la explanada que había ante la casa. Tenía una ligera pendiente, apenas perceptible, pero suficiente para que un coche, en punto muerto, pudiera deslizarse unos cientos de metros, antes de poner el motor en marcha, con el ruido consiguiente.

Lo malo era que en la casa no había más que un automóvil, precisamente el de la dueña y se lo había llevado. A la vuelta, lo guardaría en el garaje…

Con los otros coches, no había ni que contar, aparte de que no habría utilizado ninguno de ellos, aunque hubiese podido hacerlo. No, la única solución era conseguir el coche de Clarabelle.

Precisamente, se dijo, cuando volviera un día de la compra, que solían hacer por turno. Dejaría que fuese otra; así evitaría las sospechas. Pero los paquetes se descargaban en la misma entrada, con el morro del coche, en realidad, una ranchera muy elegante, apuntando hacia el camino. La cola quedaba frente a la puerta, a fin de realizar la descarga sin inconvenientes.

Apenas hubiesen terminado de sacar el último paquete, ella saltaría al volante y se largaría. Incluso podía hacer arrancar el coche allí mismo, ya que el trabajo se realizaba durante el día. En todo caso, tomaría una decisión cuando llegase el momento.

Empezaba a sentirse haría ya de Lone Hill. Había disfrutado, como las demás, con el espectáculo de los hombres devorados por los caninos. Pero ya no sentía ningún placer en ver a las lobas arrojarse sobre un ser humano.

Y en un lugar de la casa, había un buen paquete de billetes de Banco. Clarabelle no la denunciaría por el robo del dinero ni por llevarse el coche. No podía hacerlo, porque resultaría mucho peor.

Al cabo de unos momentos, se aparró de la ventana. Era preciso actuar con calma, sin prisas. No podía permitirse ningún fallo en el momento de ejecutar el plan… o Clarabelle la arrojaría a las lobas.

Se estremeció. Había muchas formas de morir, pero aquélla era la más horrible de todas.

* * *

Myra se mostró muy sorprendida al conocer la entrevista de Ashton con Clarabelle Stacey.

Naturalmente, Ashton había ocultado algunos detalles de la entrevista. Había cosas que un caballero no debía mencionar siquiera. Por lo demás, había relatado todo sin omitir una sola frase.

—No entiendo —dijo ella—. Lo último que se me ocurriría a mí sería ir a encerrarme allí una temporada.

—Bien, ella me lo dijo…

—Y tú contestaste evasivamente.

—No le di a entender que nos conocíamos de una forma algo distinta a las relaciones entre profesional y cliente. Ella cree que ya no tenemos relación alguna, después de que me enviases a hablar con Ilona.

—Esto no me gusta, Robin.

—Estoy de acuerdo contigo, Myra.

—Bien, en tal caso, ¿qué piensas hacer?

—Dejaré pasar un tiempo. Luego iré a Lone Hill y le diré lo que tú quieras que diga. Por supuesto, negando que sientas deseo de pasar una temporada de retiro en aquel lugar.

Myra se estremeció.

—Dormir a veinte pasos de media docena de lobas —dijo—. Sería horrible, Robin.

—Sí, muy cierto. Pero ella tiene los animales para la protección de la propiedad. Y de sus habitantes.

—Todos mujeres y sin sirvientas —dijo ella, con los ojos entrecerrados—. ¿No te parece raro?

—No es habitual, desde luego. Pero pasan cosas tan extrañas en este desquiciado mundo.

De pronto, un hombre se acercó a la mesa donde almorzaban los dos jóvenes.

—Señorita Palmer…

Ella levantó la vista.

—Ah, hola, Edward —sonrió—. ¿Sucede algo de particular?

—Pues, sí… Me encuentro un poco inquieto… Pero si le molesto…

—Nada de eso, Edward; el señor Ashton es un buen amigo, de toda confianza. Robin, te presento a Edward Pace, secretario privado del señor Culver. Edward, éste es Robin Ashton.

—Siéntese, amigo —invitó el joven, después de un cortés intercambio de saludos—. Myra, si lo deseas, os dejaré solos… Parece que el señor Pace tiene algo importante que decirte.

—Bueno, en realidad, he oído su nombre —confesó Ashton—. El señor Culver lo mencionó en alguna ocasión… Señorita Palmer, estoy preocupado por mi jefe.

La muchacha miró con simpatía a Pace.

—¿Dificultades financieras, tal vez?

—Oh, no, que yo sepa. Pero el señor Culver se marchó de la ciudad hace casi dos semanas y todavía no ha vuelto ni ha dado señales de vida.

Ashton se puso tieso al oír aquellas palabras. Sí, habían pasado días desde el viaje de Culver a Lone Hill. Sin embargo, el encuentro con Myra se había demorado, debido a que la muchacha asistía a una convención que se celebraba en la costa Oeste, lo que la había tenido ausente diez largos días.

—No puedo creerlo —exclamó—. El señor Culver fue a reunirse con

su esposa, aunque sé que ella rechazó toda posibilidad de reconciliación.

—Lo siento, pero es así —insistió Pace—. En todo este tiempo, no ha dado señales de vida, ni siquiera por teléfono… Los asuntos más importantes y que requieren toda su atención, están completamente descuidados… Si esto sigue así sólo un par de semanas, mucho me temo que la empresa se hunda irremisiblemente.

Myra volvió los ojos hacia Ashton.

—Robin, tú podrías hacer algo al respecto —dijo.

El joven se pasó una mano por la barbilla.

—Es verdaderamente extraño —murmuró.

—¿Te asusta un nuevo viaje a Lone Hill? —preguntó Myra maliciosamente—. Ya sé que son casi trescientos kilómetros…

—No, no es el viaje. Pero si la señora Culver no quiso reconciliarse con su esposo, y éste no ha regresado, ello significa que se marchó de Lone Hill, posiblemente destrozado por la actitud de su mujer. Tal vez está en alguna parte, tratando de superar la situación, señor Pace.

—Aparte de la casa de la ciudad, el señor Culver tiene una residencia en Monterrey, cerca de la playa, y otra en la Sierra, cerca del lago Tahoe. No lo he encontrado en ninguna de las dos, ni siquiera en Aspen, en donde a veces iba a esquiar. Lo he intentado, a pesar de que no es la estación propicia, pero el lugar es agradable, incluso en verano. He buscado en unos cuantos hoteles más, en donde suele alojarse en sus viajes, pero en todos ellos he recibido una misma respuesta negativa. Nadie sabe dónde está y, la verdad, no me atrevo a ir a la policía. La noticia se divulgaría inmediatamente y las acciones se hundirían de un modo absoluto. A todos los que me preguntan por él, digo que está en un viaje de negocios, muy reservado… pero es obvio que no puedo seguir así por mucho tiempo —concluyó Pace, que daba la sensación de sentirse muy abrumado por lo que sucedía.

—Robin, una cosa es segura: Culver fue a Lone Hill el día veintiséis de junio —exclamó Myra—. Tal vez allí dijo algo sobre sus propósitos… Pudo confiarse a la señora Stacey, después de su fracaso…

De pronto, Ashton alzó la mano.

—Aguarda —dijo—. Podemos hacer algo, sin necesidad de movernos de aquí. ¡Camarero, haga el favor de llamar al señor Hubner!

El dueño del local acudió a los pocos momentos. Ashton dijo que tenía que hacer una llamada de larga distancia en aquel mismo instante.

—No te preocupes, Robin —contestó Hubner—. Ahora mismo te traen un teléfono.

—Siento no haber conseguido nada con Keeni —se disculpó el joven.

—Ya he empezado a olvidarla. Gordon está entrenando a otra cantante y parece que tendrá éxito.

Momentos después, Ashton estaba en comunicación con Alice Croyt. La jefe de policía de Marstonfield prometió ir a Lone Hill sin pérdida de tiempo.

—Llámame a la noche a mi casa —dijo Alice.

—De acuerdo, preciosa.

Pace se levantó agradecido.

—Señor Ashton, le quedo muy reconocido —dijo—. ¿Puedo llamarte esta misma noche?

—Claro, amigo.

Ashton y Myra quedaron a solas nuevamente.

—Esto es muy raro — dijo él—. Un hombre como Culver, por muchos contratiempos que sufra, no abandona tan fácilmente sus negocios…

Myra inclinó el torso hacia adelante.

—En aquella coima suceden muchas cosas extrañas, Robin —dijo dramáticamente.

El joven meditó unos segundos.

—Puede que tengas razón —respondió al cabo—. Un grupo de mujeres que odian a los hombres… empezando por la dueña de Lone Hill… Culver ha ido allí y no ha vuelto…

—Al que no he visto tampoco es a Frank Horvin, el esposo de Ilona. Hace muchos días que no sé de él, Robin.

Ashton entornó los ojos.

—Iré a su casa —prometió.

Aquella misma noche llamó a Alice. La jefe de policía de Marstonfield le informó que Culver, efectivamente, había estado en Lone Hill el día veintiséis, pero que se había marchado al atardecer.

—Aquí no le vimos, porque no necesitó pasar por el pueblo —añadió.

—Gracias, Alice.

Luego, Ashton recibió dos llamadas sucesivas, una de Pace y otra de Myra. A ambos les dijo lo mismo, pero a Myra añadió otra información.

—Horvin se marchó hace un par de meses y no ha vuelto por su casa. Nadie sabe dónde está ni se tienen noticias suyas.

—¡Allí ocurre algo horrible! —exclamó Myra.

—Es posible que tengas razón, pero mañana mismo añadiré otra comprobación a esta pequeña investigación.

—Dime, Robin.

—Conocí a otro joven, que dijo que iría a Lone Hill. Iré a ver qué le saco, acerca de lo que haya podido ver en aquella cusa.

—¿Cómo se llama?

—Roy Warren…

—Le conozco. Estuvo en la fiesta en que te presenté a Culver. Pero es un tipo un poco inconsciente; nunca para demasiado en el mismo sitio. Tiene bastante dinero y sólo se preocupa de gastarlo.

—Es que Warren se había prometido con una tal Jutta Korstehl, quien, por casualidad, es, o era, huésped de Lone Hill.

Myra guardó silencio durante unos segundos.

—Robin —dijo al cabo.

—¿Sí?

—Llámame cuando sepas algo de Warren.

—Descuida.

Lo que Ashton pudo averiguar al día siguiente no fue demasiado. Warren había partido de viaje hacía ya unas cuantas semanas y aún no había regresado. El joven vivía en una casa elegante, construida a finales del siglo pasado, con ama de llaves, cocinera y jardinero, y ninguno de los tres supo darle la menor indicación del paradero. Pero tampoco se extrañaban de su ausencia. Todos los gastos de la casa, incluidos sus sueldos, eran satisfechos por el Banco…

—Ya volverá, señor —finalizó el ama de llaves—. No es la primera vez que se marcha y pasan incluso meses antes de que volvamos a tener noticias suyas.

Sin saber por qué, Ashton presintió que, en esta ocasión, la ausencia de Roy Warren era definitiva.

CAPITULO X

—EN resumen, son tres las personas que han ido a Lone Hill y de las cuales no se ha vuelto a saber más —dijo Ashton al día siguiente, cuando se reunieron a la hora del almuerzo.

Myra asintió preocupadamente.

—Warren, Culver y Horvin, aunque no necesariamente por este orden.

—En este caso, el orden de lob factores no altera verdaderamente el producto. —Ashton se rascó la mejilla con el pulgar—. ¿Qué les habrá pasado a esos tres sujetos?

—Nada bueno, Myra.

—¿Tú lo crees así?

—Quisiera equivocarme. Es un presentimiento nada más, pero…

Ashton dejó la frase sin concluir.

—Pero, si han muerto, y suponiendo que hayan sido asesinados, ¿por qué? —preguntó ella.

—En el caso de Culver y Warren, tal vez podría haber un motivo plausible: dinero. Son dos hombres en magnifica posición económica, pero el caso de Horvin es ya más complejo. Horvin era poco menos que un parásito, que vivía a costa de su esposa, de donde no se puede emplear como causa de su muerte el dinero.

—Pero queda la venganza.

—¿Al cabo de tanto tiempo? —dijo Ashton, escéptico.

Myra asintió. La cuestión económica, en el caso de Horvin, no se podía tomar como motivo de su supuesto asesinato.

—De todas formas, algo podemos hacer —dijo él de pronto.

—Sí, dime.

—Clarabelle Stacey me encargó reuniera informes sobre ti. Dije que lo haría, aunque no fijó ninguna fecha. Recuerda que hablé de dejar pasar algún tiempo.

—Es cierto, Robin.

Ashton consultó la fecha con su reloj-calendario.

—Iré el próximo viernes, aunque antes hablaré con la jefe de policía de Marstonfield —decidió finalmente.

—¿Qué le dirás a Clarabelle de mí?

—Oh, cosas terribles… Una mujer ambiciosa, despiadada, sólo piensa en los negocios, que ha arruinado ya a media docena de competidores y que… —Ashton se echó a reír—. No, no le diré eso —añadió jovialmente—; le diré que sólo te faltan las alas.

Myra se puso colorada.

—Siempre hay un término medio —dijo—. No soy un ángel, pero tampoco… un demonio, Robin.

—Eres lo que debes ser: una chica encantadora —concluyó él, mirándola fijamente, con lo que el rubor se acentuó aún más en las tersas mejillas de la muchacha.

* * *

La escopeta del cazador se puso horizontal, pero el tiro no llegó a salir por el cañón. El conejo escapó antes de que Ernie Rogue pudiera apretar el gatillo de su arma.

Rogue maldijo entre dientes. Se le había escapado una buena presa. Bajó el arma y siguió andando por aquel terreno tan fragoso que, a veces, le parecía una selva virgen. Una vez miró hacia el Sudeste, donde se alzaba la casa, pero, aparte de que los árboles constituían un obstáculo infranqueable para su vista, se hallaba a casi cinco kilómetros.

Demasiada distancia, se dijo, mientras continuaba caminando, en busca de un compañero para el conejo que ya tenía en su zurrón. Con menos de eso no podía volver a su casa, se dijo.

Repentinamente, el suelo falló bajo sus pies. Rogue se sintió hundir en lo que parecía un pozo sin fin. Había una gran cantidad de malezas y de enredaderas silvestres. Por fortuna, la pared de aquel pozo tenía una cierta inclinación, que le permitió descender resbalando sobre sus posaderas. Soltó su escopeta y pudo agarrarse a un par de ramas, con lo que su velocidad resultó considerablemente aminorada.

Cuando puso los pies en el fondo, vio que no se trataba de un pozo, sino de una especie de zanja natural, de unos ocho o diez metros de anchura, por otro de profundidad, cubierta de una espesísima vegetación, de tal modo que, vista desde la superficie, sólo se percibía una masa de verdor que impedía absolutamente ver lo que habla en el fondo.

Pero ahora ya estaba abajo y, aunque el follaje ocultaba casi la luz exterior, quedaba todavía la penumbra, a la cual se habituaron muy pronto las pupilas de Rogue.

Entonces fue cuando vio el automóvil, con los dos esqueletos en su interior.

Rogue se sobresaltó terriblemente. El coche debía de llevar mucho tiempo allí, ya que las ruedas estaban deshinchadas y había señales de herrumbre en diversas partes de su estructura. Se preguntó quién diablos había sido el chiflado capaz de llevar un automóvil hasta aquel lugar.

Avanzó unos pasos, no sin dificultades. Así fue cómo vio los dos esqueletos en el asiento delantero.

Rogue se santiguó, aterrado en un principio. Pero sus temores se disiparon bien pronto. A fin de cuentas, se trataba solamente de dos esqueletos. Dos personas habían muerto allí y las alimañas habían tenido comida durante algún tiempo.

Sobre los esqueletos quedaban todavía algunos trozos de ropa. Rogue

vio refulgir algo. Era un magnífico reloj de oro. El metal apenas había perdido el brillo en todos aquellos años. Inmediatamente, se lo echó al bolsillo.

Entre las piernas de aquel esqueleto divisó una billetera. Al abrirla, encontró varios billetes de Banco.

—Diablos, esto sí que ha sido una buena caza —exclamó satisfecho —. Lo siento, amiguito —añadió, como si hablase con el esqueleto—; a ti no te hace ninguna falta.

Al lado del esqueleto, divisó un bolso de mujer, semipodrido. El segundo reloj era de inferior valor, pero se lo quedó también. En el bolso encontró doscientos y pico de dólares. En aquel momento, Rogue no lamentaba que se le hubiera escapado la segunda pieza del día.

Miró a su alrededor. Parte de las enredaderas eran de tipo común. Incluso sospechó la posibilidad de que alguien hubiese arrojado semillas por aquellos parajes. La planta, al crecer en estado silvestre, se habría reproducido, contribuyendo así a aumentar la espesura del paraje.

—Un crimen —dedujo muy pronto.

Pero eso no le importaba demasiado. No tenía muchas simpatías a la ley. Ni a sus representantes. Y si alguien había liquidado a dos personas, sus razones tendría, se dijo.

No tardó mucho en encontrar un camino para escapar de aquella hondonada.

Recobró su escopeta y emprendió la marcha de regreso a su casa.

* * *

Susan Lawrence lanzó una alegre carcajada, mientras conducía el coche. Todo había resultado perfecto, tal como había calculado. Cuando Clarabelle se diera cuenta, resultaría demasiado tarde. A su lado, en el asiento delantero derecho, estaba la bolsa de tela, en la que había puesto los billetes. Debía de haber lo menos diez mil dólares. Un buen pellizco, lo suficiente para vivir sin agobios una larga temporada.

En Lone Hill había pasado ya demasiado tiempo. Incluso se había divertido. Con las lobas, claro. Pero ya era hora de levantar el vuelo. Ya no tenía problemas sentimentales.

Aquellos diez mil dólares, acababan de dejar su espíritu completamente libre de conflictos.

—¡La vida es maravillosa! —gritó exultante.

Y, en aquel momento, oyó el aullido de una sirena policial.

Susan se preguntó por qué la perseguían. Clarabelle no podía haberla denunciado. Tenía tanto interés como ella en guardar silencio. Pero, dispuesta a no comprometerse, desvió el coche a un lado y quitó el contacto.

El policía de tráfico se acercó a ella y la saludó cortésmente.

—Lo siento, señora —dijo—. Iba a más velocidad de la permitida. ¿Su permiso de conducir?

Susan tendió la mano hacia la derecha. Inmediatamente se quedó petrificada.

¡Había olvidado el bolso con todos los documentos en Lone Hill!

—Me… me lo he olvidado en casa… —tartamudeó, maldiciéndose a sí misma por las prisas que le habían hecho cometer un error imperdonable.

El policía la miraba con gesto impasible.

—Tendrá que seguirme hasta el juzgado, señora —dijo—. Allí explicará sus problemas al juez… Oiga, ¿no lo tendrá en esa bolsa?

—¡No, no! —exclamó Susan presa de un vivísimo terror, a la vez que ponía instintivamente la mano sobre la bolsa que contenía el dinero.

El policía empezó a sospechar algo y agitó una mano para que viniese su compañero.

—Sam, mira a ver qué hay en esa bolsa —ordenó—. No se mueva, señora —dijo en tono conminatorio—. Sería mucho peor.

Susan se hundió en el asiento. Casi no oyó la exclamación de asombro que lanzaba el otro policía al ver tantos billetes de Banco. La forma en que habían sido colocados en el interior de la bolsa, arrugados y desordenados, resultaba harto delatora. Susan sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Uno de los policías se hizo cargo del dinero. El otro empujó suave pero cortésmente a Susan hacia el asiento derecho del automóvil.

—Yo conduciré, señora —dijo.

* * *

—¿Has hablado con ella? —preguntó Clarabelle.

Ilona asintió.

—Vendrá mañana sin falta. —Se echó a reír—. Me he portado como una actriz consumada. Le dije que aquí pasaban cosas muy raras, que no me encontraba a gusto… que mi automóvil había desaparecido y que trajera el suyo, para escapar con él… Pero también le encomendé que no lo dijera a nadie más, para que nadie sospechara en la casa, si la veían venir acompañada…

—¿Qué más? —dijo Clarabelle, impaciente.

—Prometió venir sola. Yo le dije que simularíamos conversar un rato, como si se tratase de una visita ordinaria, y que luego, en la primera ocasión, escaparíamos juntas. Vendrá, te lo garantizo.

—Está bien. No te preocupes más.

—Gracias. Oye, ¿es cierto que Susan se ha largado?

Clarabelle frunció el ceño.

—Se ha llevado el coche —respondió—. Pero tal vez fue a dar un paseo. Era la que menos soportaba el aislamiento.

—Si no se llevó el equipaje, volverá —aseguró Ilona.

—Eso espero.

—¿Qué pasaría si no regresa?

Clarabelle sonrió.

—Nada —dijo.

—¿Nada?

—Claro, mujer. Ella está tan comprometida como nosotras. No le conviene echarse tierra encima.

Ilona respiró aliviada.

—Eso es cierto —dijo, sonriendo—. Bien, mañana tendremos otra fiesta. Si no te importa, voy a bañarme. He sudado cuando hablaba con esa estúpida, como si de veras estuviese interpretando una complicada obra de teatro.

* * *

—Han desaparecido tres hombres —dijo Alice Croyt, preocupada.

—Por lo menos —contestó Ashton.

—Tres hombres… y allí hay seis mujeres desengañadas…

—Incluyendo la dueña. Por lo tanto, podríamos añadir también a la cuenta el nombre del señor Stacey.

—Y no se han vuelto a tener noticias de esos tres individuos.

—Nadie sabe qué ha sido de ellos. Han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra, pero en esos tres casos hay un factor común: todos ellos viajaron a Lone Hill.

Alice hizo un gesto con la cabeza.

—Tendré que ir yo también a Lone Hill —decidió.

—Aguarda un momento —pidió Ashton—. Clarabelle me pidió informes sobre una muchacha. Déjame que vaya yo y que hable con ella. A la noche estaré de vuelta y podré contarte mis impresiones sobre el particular. Si esos tres hombres están muertos, ya nada puedes hacer por ellos.

—Eso sí es verdad —convino Alice.

—Si te viera a ti, se pondría a la defensiva inmediatamente. Deja que yo la sondee con el máximo de discreción. Puede que así consigamos algo.

Los ojos de Alice chispearon.

—Ten cuidado, es muy guapa —advirtió.

—Siempre tengo cuidado con las mujeres guapas —rió él.

En aquel momento, tocaron a la puerta del despacho. Un policía asomó la cabeza.

—Dispense que la interrumpa, jefe —exclamó—. Creo que tengo algo importante para usted.

—No se preocupe, Tom. Entre —dijo Alice.

CAPITULO XI

Las manos del policía dejaron sobre la mesa un buen puñado de billetes y un reloj de oro, entre otras cosas.

—Ernie Rogue quería vender el reloj. El comprador le entretuvo y me dio tiempo a que llegase. En su vida ha tenido Ernie tanto dinero junto — informó el agente.

—¡Un reloj de oro! —Resopló Alice—. Pero…

—Usted conoce bien a Rogue y su forma de vivir, trampeando con todo el mundo y con su escopeta para cazar furtivamente en las propiedades ajenas. Ernie no ha conseguido este reloj y tanto dinero de una forma legítima.

—Tom, hazle pasar — ordenó Alice.

Rogue entró en el despacho momentos más tarde. Era un hombre de cuarenta y tres años, vestido desastradamente y con un mugriento sombrero en las manos. Parecía muy deprimido.

—Jefa Croyt, si me deja libre, le diré dónde encontré todo esto — manifestó suplicantemente.

Por curiosidad, Ashton había cogido el reloj de oro y lo examinaba con cierta atención. Mientras, el cazador furtivo seguía hablando.

—Estaba a unos cinco kilómetros al Nordeste de la casa, oculto entre la maleza… Hay allí dos esqueletos…

De pronto, Ashton lanzó una exclamación.

—¡Alice, mira!

La jefe de policía volvió la cabeza. Ashton le enseñó el reloj de pulsera, por la cara interior.

—«De Clarabelle a Harry, con amor» —leyó.

Alice sintió un escalofrío.

—Ernie ha encontrado dos esqueletos dentro de un coche abandonado —dijo—. Entonces, el señor Stacey no se fugó con la criada.

—No, no se fugó.

—Y el dinero no ha aparecido…

—Ella debió darse cuenta a tiempo de que era falso y lo guardó en la casa.

Alice se puso en pie inmediatamente.

—Tom, vamos a ir con Ernie al lugar donde están los esqueletos — decidió—. Avisa también al forense… pero es preciso que vayamos allí sin que lo sepan en Lone Hill. Ernie, usted nos guiará… y tal vez lo tengamos en cuenta. ¿Entendido?

—Sí, jefe —murmuró el cazador furtivo.

Alice se volvió hacia el joven.

—¿Me aguardas aquí, Robin?

—Si —mintió Ashton. Después de las sensacionales noticias que acababa de conocer, temía que Alice le prohibiera ir a Lone Hill y quería

hablar con Clarabelle antes de que la encerrasen en la cárcel.

Alice salió, seguida de los tres hombres. Ashton dejó pasar unos minutos. Luego se levantó y abandonó el despacho.

Cuando salía, se cruzó con dos policías que entraban, escoltando a una mujer joven y bastante guapa. Uno de los policías llevaba en la mano una bolsa de lona.

—Encierra a esta dama, Stanley —dijo, dirigiéndose al agente de guardia—. Viajaba sin permiso de conducción, a una velocidad superior a la permitida y en un coche que no es suyo. Por si fuese poco, llevaba esta bolsa repleta de billetes de Banco… y, o yo soy tonto, o ésos son los billetes falsos que andan buscando con tanto ahínco los chicos del Tesoro.

Ashton oyó aquellas palabras y volvió la cabeza. Un estremecimiento recorrió su cuerpo al reconocer a la mujer. Era una de las huéspedes de Lone Hill.

Se acercó a ella.

—Usted robó el dinero —dijo.

—Sí —admitió Susan apagadamente.

Ashton asintió.

—Es todo lo que quería saber —se despidió.

Salió a la calle y buscó una cabina telefónica. Puso monedas y marcó el número de Myra.

A los pocos momentos oyó una voz.

—La señorita no está en casa.

—Soy Ashton —dijo él—. Quería hablar con ella…

—Lo siento, señor Ashton. Hace ya tres horas que se marchó. Parcela tener mucha prisa.

—¿Cómo dice, señora Brawley?

Era el ama de llaves de la muchacha. La señora Brawley contestó:

—Recibió una llamada, de una tal Ilona Horvin…

Una llamada telefónica, repitió Ashton mentalmente. De pronto recordó algo que le puso los pelos de punta.

¡En Lone Hill no había teléfono!

Ilona había debido ir a la ciudad para hacer la llamada telefónica, y eso sólo podía significar una cosa: Myra había sido atraída a una trampa que podía resultar mortal.

—Gracias, señora Brawley —y colgó el teléfono.

Inmediatamente, buscó el coche. Mientras se dirigía a escape a Lone Hill, se preguntó por los motivos de la llamada de Ilona.

Si se trataba de una acción motivada por el despecho, ¿era posible que una mujer hubiera cultivado el rencor y el odio durante tanto tiempo?

Levantó la vista del cielo, que ya enrojecía hacia el Oeste. Aquel color de sangre le pareció anunciador de siniestros presagios.

* * *

Myra detuvo el coche, saltó ágilmente y corrió hada la puerta, que se abrió a los pocos momentos. La sonrisa de Clarabelle Stacey era muy acogedora.

—Mi amiga, la señora Horvin, me ha llamado —declaró la muchacha.

—Ah, sí, tenga la bondad de pasar…

Myra franqueó el umbral. En la casa reinaba un silencio absoluto. La única persona visible era su dueña.

—¿Qué le sucede a Ilona, señora Stacey? — preguntó.

—Está un poco desquiciada de los nervios, eso es todo.

—Me parece que pasa algo más —dijo Myra críticamente.

—Cuestión de opiniones —respondió Clarabelle con frialdad—. Querida muchacha, tengo algunos años más que usted y una superior experiencia de la vida. Por tanto, sé lo que me digo.

—Yo también, y quiero que sepa que voy a llevarme a Ilona de esta casa, tanto si le gusta como si no. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Mientras hablaban, se movían a través del vestíbulo. Clarabelle abrió una puerta y se echó a un lado.

—Entre.

Myra pasó al otro lado. Inmediatamente, sintió un fuerte golpe a sus espaldas.

Se volvió. La puerta acababa de cerrarse. El ruido de la llave al girar llegó claramente a sus oídos.

Había caído en una trampa, se dijo. Pero aún quedaba la ventana…

Un segundo después advertía la imposibilidad de usar aquella vía de escape. Los fuertes barrotes cortaban su camino hacia la libertad.

Incluso los vidrios eran irrompibles, comprobó segundos más tarde. Abrumada, se reprochó a si misma haberse portado tan imprudentemente. Debiera haber avisado a Robin…

Tenía que haber visto que era una trampa desde el primer momento. ¿Cómo había podido dejarse engañar de una manera tan burda?

Terriblemente desalentada, se dejó caer sobre una silla.

—Oh, Robin… gimió, sabiendo que el joven no podría acudir en su auxilio.

Y era la única persona que podía librarla de aquel terrible lugar del que, ahora lo presentía, no iba a salir con vida.

Se preguntó qué clase de muerte iban a darle. De pronto, a través del cristal blindado, y aunque muy débiles, llegaron hasta ella los aullidos de las lobas y sintió un escalofrío de pavor.

* * *

Los últimos quinientos metros eran en suave pendiente ascendente, apenas perceptible, pero que forzaban a un trazado un tanto curvo al camino.

Antes de iniciar la última curva, Ashton paró el coche y apagó las luces, ya necesarias después de haberse ocultado el sol.

Sin embargo, aún había algo de luz. Tras apearse del vehículo, caminó a pie con cautela, siguiendo el borde del camino, junto a la maleza, hasta llegar al borde de la explanada.

Alice le había contado la alarma que podía disparar el interruptor que accionaba, la puerta de las perreras. Ashton tanteó el suelo cuidadosamente. Entrevió una de las estacas y pudo apreciar que el alambre no había sido puesto todavía.

De cuando en cuando, oía aullidos de las lobas. Después de reflexionar unos minutos, se decidió a llegar a la casa sin ser advertido. La sorpresa podía darle resultados positivos, se dijo.

Lenta u cautelosamente, rodeó la explanada, siempre oculto entre la espesa vegetación que la rodeaba. De cuando en cuando, encontraba una estaca, con su anilla por la que pasaba el alambre del sistema de alarma. Las estacas estaban pintadas de verde, lo que las hacía muy difícilmente visibles para los intrusos. No se podía negar que la autora de aquella protección poseía ingenio.

A fin de cuentas, se dijo, autora de novelas y cuentos policíacos. Y aunque hubiese tenido la conciencia limpia y dispuesto de mastines corrientes en lugar de feroces lobas, la forma de protegerse contra posibles ladrones y agentes hostiles resultaba perfectamente admisible.

Poco a poco fue ganando terreno, hasta situarse frente a la fachada posterior. Las lobas aullaron fuertemente, como si adivinaran su presencia. Podía ser, pensó; a fin de cuentas, eran fieras, con un olfato muy desarrollado. Él tenía un olor corporal específico y además, había sudado un tanto. De pronto vio que se abría la puerta posterior.

Dos figuras de mujer se recortaron en el umbral.

—«Rena» y su hija parecen muy excitadas —dijo una.

—Sí, se les nota un poco alborotadas. Quizá hay algún intruso…

—La alarma se habría disparado ya.

—En ese caso, es que presiente el festín de esta noche —rió una de las mujeres.

Ashton sintió que se le helaba la sangre en las venas. ¿A qué festín se referían aquellas dos arpías?

La puerta volvió a cerrarse. Ashton se agachó y rozó el alambre con las yemas de los dedos. Sus ojos estaban fijos en la puerta posterior del edificio.

Un festín, repitió mentalmente. Tres hombres, por lo menos, habían viajado a Lone Hill y no se habían vuelto a tener noticias de ellos. Clarabelle tenía unas lobas en su casa…

Se le hizo una especie de nudo en la garganta. El festín mencionado por las dos mujeres… ¿iba a ser Myra?

Con infinito cuidado, pasó una pierna por encima del alambre. Luego

pasó la otra. La trampa estaba salvada. Pero las lobas volvieron a aullar.

Corrió hacia la casa, sin hacer ruido. Cuando llegaba a la puerta, oyó el ruido de la puerta que se volvía a abrir. A su derecha tenía el saliente de la trampa anterior, que daba a la carbonera. De un salto se ocultó al otro lado y guardó silencio, conteniendo la respiración.

—¡No se ve a nadie! —Gritó una mujer—. No hay motivos de alarma. Esos aullidos se deben a que las lobas ventean algún festín; están hambrientas y se sienten impacientes. Y yo también, ¡qué diablos! ¿Por qué no empezamos cuanto antes?

Ashton no pudo oír la respuesta, dada desde el interior de la casa. Pero si Myra iba a ser la cena de las lobas, tendrían que arrastrarla por la parte posterior de la explanada, precisamente donde él se hallaba.

Al cabo de unos momentos, se decidió a abandonar su refugio. Paso a paso se acercó a la puerta. Desde allí podía ver el brillo de los hilos metálicos que formaban la red del recinto donde estaban encerradas las lobas. Se estremeció: a menos de cincuenta metros había seis fieras, que le destrozarían en un santiamén, si pudieran abandonar su encierro.

Lentamente abrió un poco la puerta de la cocina y escuchó. No había nadie al otro lado. Empujó un poco más y vio que se hallaba en una cocina de grandes dimensiones, perfectamente equipada. El frigorífico era de buen tamaño. Se comprendía… si era preciso almacenar la comida de seis mujeres… y seis Iotas.

De pronto, se le ocurrió una idea. Fue al frigorífico y lo abrió. Había gran cantidad de carne, como había esperado. «Todos los días no se comen a una persona», pensó.

Buscó una bolsa de gran tamaño y echó allí casi toda la carne. Luego la dejó a un lado, en un lugar discreto, donde fuera difícil verla a primera vista, pero a él le resultara fácil recogerla, si tenía necesidad de entretener a las fieras. Acto seguido se encaminó hacia la puerta que daba al interior de la casa.

Abrió una rendija. Desde allí podía ver el vestíbulo. Oyó voces femeninas. También sonaban risas. El gollete de una botella tintineó al chocar sucesivamente contra los bordes de varias copas.

Ashton salió cautelosamente al vestíbulo. Había una puerta entreabierta, de donde procedían las voces y las risas. Oyó una frase y le resultó sumamente reveladora: estaban brindando por el próximo festín de las lobas.

De pronto, oyó golpes en otra puerta.

—¡Ábranme, por el amor de Dios! Suéltenme…

Asthon se puso rígido. Era la voz de Myra.

De pronto oyó tacones y se escondió. Una mujer, la reconoció inmediatamente, la dulce y sensitiva Jutta Korsthal, se asomó al vestíbulo y gritó:

—¡Cállate, estúpida! Nadie vendrá a socorrerte, ¿me oyes?

Jutta lanzó una obscena carcajada y se retiró. Ashton comprendió que el alcohol tenía buena parte de los estímulos de ferocidad de aquellas mujeres frustradas. Ahora ya no le cabía la menor duda de cuál era la suerte que esperaba a Myra.

Apenas hubo desaparecido Juila de su vista, corrió hacia aquella puerta y asió el pomo. Pero inmediatamente advirtió que estaba cerrada con llave.

—¡Myra! — llamó—. Soy yo, Ashton…

—¡Robin! —Exclamó la muchacha, al otro lado de la madera—. Gracias a Dios que has venido…

—Sí, estoy aquí y…

—Y aquí te quedarás… —se oyó de pronto la voz fría de Clarabelle Stacey.

CAPITULO XII

Al mismo tiempo, Ashton sintió contra su cuello la frialdad del metal de un arma de fuego. Inmediatamente alzó las manos.

—Me rindo —dijo con serenidad.

Clarabelle se echó a reír.

—Así está mejor —dijo—. Por cierto, ¿cómo has conseguido eludir el sistema de alarma?

—La jefe Croyt es una buena amiga mía y me lo contó.

—Ah… —Clarabelle pareció sentirse cortada un instante—, Por eso aullaban tanto las lobas…

—Demasiado. Esos aullidos ponen la carne de gallina.

—Llevan dos días sin comer, Robin.

—¿Las tiene a dieta en vísperas de un festín?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Al menos sé de tres hombres que vinieron aquí y no han vuelto a ser vistos. Sospecho que fueron pasto de «Rena» y sus hijas.

—Sí, eso es lo que sucedió. Resultó un espectáculo realmente emocionante, muy divertido.

—Te habrá parecido ser Mesalina, cuando iba al circo para ver cómo los cristianos eran arrojados a los leones, ¿verdad?

—De todas formas, nunca me he creído emperatriz romana, aunque la alusión tiene ciertos visos de similitud, Robin.

El cañón del revólver continuaba presionando contra su cuello. Ashton hizo una profunda inspiración.

—¿Porqué, Clarabelle?

La señora Stacey demoró un instante su respuesta. Al otro lado, Myra, con el oído pegado a la cerradura, contenía la respiración, para no perderse una silaba de aquel diálogo.

—Odio a todos los hombres —dijo—. Todas las que estamos aquí, odiamos a los hombres.

—Eso no se compagina mucho con lo que sucedió en el motel.

—A veces, los hombres sirven para algo —rió ella cínicamente—. Pero sólo quería estudiarte.

—Y ya andabas detrás de Myra Palmer, ¿verdad? Pero ella es una mujer; no hay motivos para…

—Los hay. Fue la culpa de la desgracia sucedida a una de mis amigas: Ilona Horvin.

—Ella es una muchacha decente y no…

—¿De veras? Ilona los sorprendió juntos, quiero decir a ella y a su esposo. Myra estaba casi desnuda, sólo llevaba puestos el sostén y las bragas… ¿Qué se puede pensar de una mujer a la que se sorprende en esa situación?

Myra no pudo contener un grito:

—¡No la creas, Robin!

Clarabelle se echó a reír.

—Por supuesto, no puede decir otra cosa —exclamó—. Por eso está aquí, ¿comprendes?

Ashton quería seguir hablando, a fin de distraer a la mujer y ver de eliminar la amenaza que suponía el revólver. En el salón, donde se hallaban las otras mujeres, seguían las risas y el jolgorio. Era evidente que estaban animándose con alcohol… y tal vez con alguna droga, pensó.

—De todos modos, me extraña que se haya producido una ausencia —dijo.

—¿Cuál, Robin?

—El novio de Keeni. Debería haber venido, como Culver y Warren y Horvin, ¿no crees?

—Y le llamó, pero es un tipo grosero; ni siquiera quiso contestarla.

—Entonces, habrá que decir también que es un tipo afortunado, porque ha salvado la vida. Clarabelle, ¿cómo has podido llegar a esos extremos? —Preguntó el joven con acento de reproche—, ¿Sólo por satisfacer tu odio?

—¿Te parece poco? Mi esposo me engañó miserablemente con una mujerzuela que valía infinitamente menos que yo… Les vi en más de una ocasión, desnudos, abrazados obscenamente como bestias en celo…

—Y los asesinaste.

—Sí. Pero nadie los encontrará jamás.

Ashton no quiso decirle que ya se habían encontrado los esqueletos de los dos amantes asesinados. Era preciso continuar distrayéndola, hasta que llegase el momento de pasar a la acción.

—Emplearías este mismo revólver, supongo.

Clarabelle lanzó una espantosa carcajada.

—No. Preparé una escena aguzada… y atravesé los dos cuerpos de un solo golpe, cuando estaban gozando…

Ashton sintió un escalofrío de horror al oír aquella horrible confesión.

—Sin duda planeaste el crimen con tiempo, porque enviaste a tu esposo al Banco, con un cheque de diez mil dólares, ¿no?

—Sí.

—Pero eran billetes falsos y no los has puesto en circulación.

Clarabelle pensó por un momento en Susan Lawrence. Cuando la detuvieran, callaría; en modo alguno le convenía mencionar su origen, puesto que era tan culpable como las demás.

—No me convenía entonces emplear billetes de Banco, ya que pagaba con cheques la mayoría de las facturas —dijo al cabo—. Más tarde, si, me enteré de lo de la falsificación y los quemé.

Ashton sonrió. Clarabelle mentía, pero no le convenía decir que conocía la verdad. Aquellos billetes habían sido robados y la ladrona estaba

ya en manos de la justicia.

—Me faltaba saber una cosa —dijo.

—¿Qué es, Robin?

—¿Cómo encontraste a otras mujeres para compartir tus… macabras diversiones?

—¿Crees que resultó difícil? —respondió ella despectivamente—. Todas ellas son personas heridas por el desvío del hombre al que amaban… Escribía cartas anunciando un supuesto sanatorio psiquiátrico, pero sólo aceptaba las solicitudes que me parecían más interesantes y, desde luego, cuando llegaba una solicitante y la veía que no estaba dispuesta a todo, la rechazaba. Te aseguro, y te sorprenderías de ello si lo supieras, que hay una enorme cantidad de mujeres que odian a sus esposos y a sus amantes.

—Es una manera poco optimista de ver la vida —dijo Ashton.

—La vida es como es, Robin. Pero tú no tienes pruebas de que aquí hayan muerto personas devoradas por las lobas… ¿Cómo lo imaginaste?

—Debí haberlo supuesto antes. En Noches de luna roja describes unas situaciones muy parecidas.

—Si —admitió Clarabelle sin pestañear—. Debo admitir que fue ese cuento el que me dio la idea.

—Y convertiste la ficción en realidad.

—Una realidad muy agradable. Robin, querido, me gustaría que estuvieras de mi parte. ¡Disfrutarías enormemente viendo a las lobas comiéndose a una persona!

Aquella mujer estaba loca, loca de remate, pensó Ashton. Algo había trastornado su mente de un modo irremediable. Tal vez el desvío de su esposo había sido el detonante que había hecho estallar una carga explosiva dormida en su cerebro… y le había dotado de la capacidad de persuasión suficiente para convencer a otras mujeres en análogas circunstancias a las suyas, para que la acompañasen en aquellas bacanales de sangre. Por un instante, se estremeció al pensar en la fenomenal dentadura de «Rena». ¿Qué se sentiría al ser mordido por una loba?

De repente, se abrió la puerta del salón. Tracy Culver apareció en el umbral, con los ojos muy brillantes y la cara encendida.

—¡Clarabelle! —Exclamó antes de advertir la presencia del joven en la casa—. ¿A qué esperamos?

Ashton no desaprovechó la ocasión. La atención de Clarabelle se había desviado un instante, suficiente para saltar a un lado, separarse del revólver y arrebatárselo de un manotazo.

* * *

Al golpe, Clarabelle se tambaleó gritando horriblemente. Presa de un incontenible ataque de furia, se arrojó contra el joven, pero Ashton la encañonó con el arma, apuntando a su frente.

—¡Abre inmediatamente esa puerta o, por Dios vivo, juro que te mato aquí mismo!

Clarabelle leyó en los ojos del joven una decisión irrevocable y, tras un segundo de indecisión, sacó una llave del bolsillo y la insertó en la cerradura. Myra salió inmediatamente.

—Vámonos —dijo él—. Saldremos por la parte posterior.

Myra asintió. Retrocedió unos pasos y fijó la vista en Ilona, que permanecía con las otras, inmóvil y silenciosa.

—Creí que eras mi amiga —dijo—. Nunca lo olvidaré, créeme…

—Basta de palabras —cortó Ashton imperativamente—. Adiós, Clarabelle.

En los labios de la mujer flotaba una extraña sonrisa, cuando salían, Ashton dijo: —Myra, tengo el coche en el canino, a unos quinientos metros…

La muchacha corría ya a través de la cocina. Ashton se inclinó un momento, cogió la bolsa con carne y vació su contenido, esparciéndolo ante la entrada posterior.

—¡Se escapan! —Dijo Tracy Culver furiosamente—. Nos delatarán y vendrá la policía.

—No tengas cuidado —contestó Clarabelle—. Ha dicho que su automóvil está a medio kilómetro. Dudo mucho que lleguen a recorrer cien metros siquiera. Venid conmigo.

Las mujeres siguieron a Clarabelle hasta las ventanas de la fachada delantera. Ella dijo: —También aquí tengo un medio de abrir las perreras.

Presionó el interruptor. Los aullidos de las lobas resonaron ferozmente en el exterior.

—Hoy tendremos festín doble —exclamó Clarabelle con acento triunfante.

Ashton y la muchacha llegaban ya a la linde de la maleza, cuando oyeron un infernal coro de aullidos. Ashton se volvió y divisó unas sombras que surgían fuera de las vallas metálicas.

—Aquí, Myra —dijo, señalando un árbol situado a poca distancia.

El miedo puso alas en la chica. Ayudada por Ashton, trepó a las ramas inferiores de la encina, situadas a poco más de dos metros del suelo. Ashton la siguió inmediatamente.

—Aquí estamos seguros hasta que venga la policía.

—Pero ¿lo saben? —dudó ella.

—Vendrán —afirmó Ashton rotundamente.

Desde allí podían ver a las lobas que avanzaban lentamente hacia la casa olfateando el suelo.

—Les he dejado carne tirada para entretenerlas —susurró el joven.

«Rena» y sus hijas se acercaron a la carne esparcida por el suelo. Pero, con gran sorpresa por parte de Ashton, las lobas se limitaron a olisquear, sin probar un solo bocado.

—Tardan mucho en verse —dijo Keeni, impaciente.

—Es de noche. Quizá van por la linde… pero los oiremos muy pronto —contestó Clarabelle.

De pronto, Ashton vio que una de las lobas se metía en la casa. Las otras la siguieron en fila.

—¡Dios mío! —exclamó aterrado.

Extrañamente, las lobas habían dejado de aullar y se movían con absoluto silencio, venteando la presa. Encabezadas por «Rena», se adentraron en el edificio.

De pronto, Jutta presintió algo y se volvió.

Ashton y Myra oyeron el horripilante alarido en el interior de la casa. La muchacha se estremeció de tal modo, que a punto estuvo de caer al suelo.

—Sujétate bien —ordenó él imperativamente.

Dentro de la casa se oían unos gritos horribles, espeluznantes, mezclados con espantosos aullidos. De súbito, una mujer salió corriendo, enloquecida, gritando desesperadamente.

Una loba saltó sobre sus espaldas y mordió su cuello con infinita ferocidad. Durante una fracción de segundo, Ashton divisó el horror más absoluto reflejado en el dulce rostro de Jutta Korstehl. Pero casi inmediatamente, los colmillos del cánido ejecutaron su mortífera tarea y Jutta cayó al suelo. Myra tuvo que taparse los oídos para no percibir el horrendo sonido de los huesos quebrados por las poderosas mandíbulas de la loba.

Los gritos y los aullidos continuaron todavía durante largo rato. Al fin volvió el silencio, un silencio más siniestro y opresivo que el estrépito que le había precedido.

Alice Croyt llegó poco más tarde, acompañada de su ayudante. En el maletero del coche de patrulla llevaban unos rifles.

La última loba en morir fue «Rena», que no quería abandonar el cadáver de su dueña, cuya garganta aparecía horriblemente destrozada. Ninguna de las ocupantes de Lone Hill pudo salvarse.

* * *

Estaba sentado junto a la piscina, con un vaso en la mano y un cigarrillo en Ja otra, cuando sintió que alguien ocupaba la hamaca contigua.

—Hola, Robin.

—¿Descansando del trabajo? —preguntó Ashton.

—Un poco. Me lo estoy tomando demasiado en serio. Creo que no me conviene.

—Eso mismo pienso yo. Hasta bien entrado el otoño no pienso reanudar mi trabajo.

—Volverás a investigar.

—Me han ofrecido un buen puesto en una compañía de seguros, con libertad de movimientos. Quiero decir que no estaré encadenado a un escritorio; ya sabes, incendios sospechosos, siniestros fraudulentos…

—Sí, comprendo perfectamente.

—Pero hasta mediados de octubre, ni golpe, chica.

—Me dan ganas de imitarte —sonrió ella.

—Todo es cuestión de proponérselo, pero nadie mejor que tú para lomar una decisión.

Sobrevino una pausa de silencio. Una camarera había traído un refresco para la muchacha y Myra lo tomaba a pequeños sorbos.

—Robin, hay una cosa que no he conseguido entender —dijo—. ¿Cómo es posible que «Rena», criada por la propia Clarabelle, atacase a la dueña hasta causarle la muerte?

—La explicación es más sencilla de lo que parece, aunque a mí también me costó un poco dar con la solución. Recuerda que yo había tirado carne, para que las lobas se entretuvieran, si, como sucedió, Clarabelle las lanzaba detrás de nosotros. Pero no comieron esa carne porque sólo comían de manos de la propia dueña. En cambio, estaban hambrientas, porque llevaban dos días sin probar bocado y se adentraron en la casa, sorprendiéndolas a todas en el salón. Cuando la primera loba mordió y vertió sangre… «Rena» volvió a ser de nuevo una fiera…

—El olor de la sangre la excitó terriblemente.

—Eso es.

—Y aún hay otra cosa que me intriga… Parecía como si entre Clarabelle y tú hubiese habido algo…

—Oh, fue un intento de devaneo —mintió Ashton descaradamente—. Un par de besos, unas frases de doble sentido… Eso fue todo. En cambio, tú, ¡cómo te pilló Ilona con su esposo!

Mura se puso colorada.

—Me habían traído un vestido nuevo a la oficina y quería probármelo allí mismo. Frank entró sin avisar, me vio casi sin ropa y se lanzó sobre mí. En el primer momento, me quedé tan paralizada por la sorpresa, que no supe hacer el menor gesto. Y entonces, lo creas o no, fue cuando nos sorprendió Ilona.

—Y pensó algo que no era cierto.

—Tú mismo pudiste verlo, ¿no?

Ashton asintió.

—De todos modos pudiste escucharme, cuando dije que eras una muchacha decente. Sigo pensando lo mismo que antes.

—Gracias, Robin.

—Y me alegra mucho que empieces a tomarte la vida con más calma. No digo que dejes de trabajar… pero cuando se tiene lo suficiente para vivir sin demasiados agobios, trabajar sólo por acumular dinero no «sano.

—Creo que tienes razón, Robin. ¿Qué dirías si supieses que he decidido tomarme unas largas vacaciones?, —Me parecería magnífico, desde luego.

—Pero… a veces, unas vacaciones sola…

Ashton se volvió, contempló a la muchacha y sonrió. —Si necesitas compañía… —se ofreció.

Myra le tendió una mano.

—Creo que si, Robin —aceptó.

FIN